

WWW.ADONAIT.COM

THE WEATHERS

Los creadores de los fenómenos meteorológicos

ALBERTO ZALTZBERG

Introducción

Por Alberto Zaltzberg (Adonait Books)

Una nota antes de empezar

Hay una estrella, en algún lugar del cielo, que parpadea distinto a las demás. No es más grande ni más brillante, pero si la miras con atención, notarás que tiembla un poquito, como si algo dentro de ella respirara. Esa estrella, y muchas otras parecidas, son las casas de los Weathers: los seres que fabrican la lluvia, el sol, la nieve, el viento y todo lo que llamamos "el clima".

Este libro cuenta su historia. También cuenta la historia de diez pájaros que vuelan entre la Tierra y el cielo llevando los pedidos de los niños, y lo que ocurre cuando un mensaje se dice mal, se escucha peor, o llega justo el día en que un Weather amaneció triste.

Si alguna vez viste llover de la nada, o sentiste un viento que parecía enojado, o te sorprendió un sol que quemaba más de la cuenta, ahora ya sabes que detrás de eso hay alguien. Alguien con nombre, con sentimientos, y con muchas, muchas ganas de hacer bien su trabajo.

Bienvenidos al mundo de los Weathers.

El cielo lleno de casas pequeñas

Si alguna noche despejada te acuestas boca arriba en el pasto —con el rocío mojándote un poco la espalda de la camisa, sin que te importe— y miras hacia arriba con paciencia, vas a notar algo curioso: no todas las estrellas brillan igual. Algunas titilan fuerte y parejo, como si durmieran tranquilas, respirando despacio bajo una manta de oscuridad. Otras parpadean con un ritmo raro, como si alguien adentro estuviera moviéndose de un lado a otro, buscando algo, o llorando bajito, o riendo con ganas, o dando vueltas en círculos porque no encuentra dónde dejó una herramienta importante.

Esas estrellas inquietas son las casas de los Weathers.

Si tuvieras, por arte de magia, un catalejo capaz de acercar el cielo entero hasta la punta de tu nariz, verías que cada una de esas casitas de luz tiene ventanas redondas, puertitas de madera flotante, y a veces hasta una maceta colgando afuera, con una planta que crece torcida porque recibe el viento de todas direcciones. Verías chimeneas diminutas por donde sale, no humo, sino vapor de nube, o chispas de escarcha, o hilos de niebla, según quién viva ahí. Y si te quedaras mirando el tiempo suficiente —cosa difícil, porque los grandes tienden a llamarte para cenar justo en el momento más interesante— quizás alcanzarías a ver una sombra pequeña cruzar frente a la ventana, y

comprenderías que ahí dentro hay alguien viviendo, trabajando, sintiendo.

Las casas de los Weathers

Cada Weather vive solo en su propia estrellita, un lugar pequeño y acogedor, del tamaño justo para una cama con mantas tejidas de nube o de rayo según el gusto de cada uno, una ventana redonda que da directamente a la Tierra —nunca se cierra del todo, ni siquiera en las noches más frías, porque un Weather que no puede ver hacia abajo es un Weather que se siente perdido— y un rincón especial donde guardar sus herramientas de trabajo: gotas guardadas en frascos de vidrio soplado, copos doblados con cuidado como si fueran pañuelos de encaje, rayos de luz enrollados igual que hilos de lana dorada, o madejas de viento atadas con nudos que solo su dueño sabe desatar.

No hay Weathers que compartan estrella. Cada uno tiene la suya, y la cuida como quien cuida un jardín diminuto que flota en la oscuridad, regándolo con su propio ánimo en lugar de con agua. Algunos mantienen su estrella ordenada hasta el último rincón, con las herramientas colgadas en ganchitos y las mantas dobladas en triángulos perfectos. Otros la tienen hecha un pequeño desastre feliz, con copos de nieve mezclados entre las sábanas y gotas de lluvia rodando por el piso como canicas olvidadas. Y está bien que sea así, porque una estrella, como una casa cualquiera, termina por parecerse a quien vive adentro.

Desde ahí arriba, los Weathers pueden ver el mundo entero al mismo tiempo, algo que a los humanos nos costaría muchísimo imaginar: los desiertos color arena que respiran calor en oleadas, las selvas verdes y espesas donde las hojas gotean incluso sin lluvia, los pueblos junto al mar donde las redes de pescar se secan al sol de la mañana, y las ciudades rodeadas de montañas donde el humo de las chimeneas sube derechito en los días de calma y se dobla como listón en los días de viento. Todo eso, junto, al mismo tiempo, frente a sus ventanas redondas.

Y desde ahí arriba, también, escuchan —o intentan escuchar, porque no siempre es fácil— lo que los niños de la Tierra necesitan.

Cada estrella tiene un Weather. Cada Weather tiene un fenómeno. Y cada fenómeno empieza siempre con un pedido.

Una noche cualquiera, vista desde arriba

Imaginemos, por un momento, una noche cualquiera en el cielo de los Weathers, para entender mejor cómo es la vida ahí arriba.

En su estrella, Doria estaría probablemente sentada junto a la ventana redonda, con las piernas cruzadas y una taza de algo caliente entre las manos —porque incluso quien hace la lluvia necesita, de vez en cuando, algo tibio por dentro—, mirando hacia un pueblito diminuto donde las

plantas de un jardín esperaban su turno de beber agua. Un poco más allá, en otra estrella, Solmar estaría probablemente estirándose después de un día entero de brillar, con esa sensación de cansancio dulce que deja el trabajo bien hecho, mientras guardaba sus rayos de luz en rollos prolijos para la mañana siguiente.

Copo tal vez estuviera puliendo un copo de nieve recién formado, soplándole encima como quien sopla una sopa demasiado caliente, para que quedara perfecto antes de mandarlo hacia algún techo que esperaba nieve desde hacía semanas. Brisalio, en cambio, seguramente andaría inquieto de un lado a otro de su estrellita, sin poder quedarse quieto ni un segundo, revisando una y otra vez sus madejas de viento, como si algo dentro de él necesitara siempre estar en movimiento.

Nebula quizás estuviera envuelta en su propia niebla, la que fabricaba para sí misma cuando quería pensar tranquila, casi invisible incluso para los otros Weathers. Iris, en su estrella llena de colores, tendría probablemente los frascos de pigmento ordenados por tonalidad, esperando el momento justo, después de la lluvia y antes de que el sol volviera a asomarse, para pintar el cielo de un lado a otro. Tronido, más inquieto que ninguno, quizás golpeteara sin darse cuenta con los dedos sobre la mesa, como practicando el ritmo de un trueno que todavía no había decidido soltar. Y Escarcha, calladita como siempre,

tal vez dibujara con el dedo formas heladas sobre el cristal de su propia ventana, solo para tener compañía mientras esperaba el pedido de alguna noche fría.

Ocho estrellas, ocho ventanas redondas, ocho corazones distintos mirando hacia la misma Tierra, cada uno esperando lo mismo: que alguien, desde abajo, les dijera qué hacía falta.

El rumor que nadie confirma

Existe una historia muy vieja, que se cuenta en voz baja entre los propios Weathers, casi como un secreto que da un poco de miedo y un poco de ternura al mismo tiempo. Dicen que, hace muchísimo tiempo, los Weathers fueron personas. Personas comunes, de la Tierra, que un día terminaron su vida allá abajo y, en lugar de irse a cualquier otro lugar, subieron al cielo y se convirtieron en estrellas con trabajo.

Nadie sabe si es cierto. Ningún Weather recuerda haber sido niño en un patio, o haber tenido una abuela, o haber comido algo rico un domingo, o haber corrido descalzo sobre pasto mojado sintiendo cosquillas en la planta de los pies. Esos recuerdos, si alguna vez existieron, quedaron en algún lugar que ni siquiera los propios Weathers logran encontrar, como una puerta cerrada al final de un pasillo muy largo.

Pero hay detalles que hacen sospechar que el rumor podría no estar tan equivocado. Por ejemplo, que casi todos los Weathers sienten un cariño enorme por los niños, como si de alguna manera recordaran, muy en el fondo, lo que se siente ser pequeño y necesitar que alguien te escuche, te abrigue, o te deje jugar un rato más antes de entrar a bañarse. Se cuenta que una vez, hace mucho, un Weather se puso a llorar sin motivo aparente mientras miraba a una niña que corría bajo su propia lluvia con los brazos abiertos, riendo como si el agua fuera la cosa más maravillosa del mundo. Nadie supo explicar bien por qué había llorado. El propio Weather tampoco supo explicarlo.

También está el asunto de las formas. Los Weathers tienen cuerpo, brazos, piernas, cara, igual que cualquier persona. Podrían no tenerlo —podrían ser solamente luz, o solamente aire, o solamente sonido— pero lo tienen. Y esa forma humana, dicen algunos, es una pista, una huella que quedó de otra vida, como una cicatriz que uno se hizo hace tanto tiempo que ya no recuerda cómo, pero que sigue ahí, en la piel.

—¿Y si fuimos personas de verdad? —le preguntó una vez Pluma Chica a Ala de Bronce, mientras volaban juntos entre dos estrellas.

—Entonces habríamos tenido que despedirnos de algo —respondió Ala de Bronce, pensativo—. Y eso sería un poco triste.

—O un poco lindo —dijo Pluma Chica—. Depende de cómo se lo mire.

Otros Weathers, en cambio, se ríen del rumor y dicen que nacieron directamente en su estrella, como nace una flor en una maceta, sin haber sido nunca otra cosa, sin puertas cerradas ni pasillos largos que buscar. Dicen que preguntarse por lo que uno fue antes es una pérdida de tiempo, cuando hay tanto por hacer ahora: nubes que formar, copos que doblar, rayos que enrollar para el día siguiente.

La verdad es que nadie lo sabe con certeza. Ni siquiera este libro lo va a resolver. Y quizás esté bien que sea así: hay misterios que es mejor dejar abiertos, como una ventana en una noche de verano, para que entre el aire fresco y también, a veces, alguna pregunta que no tiene por qué encontrar respuesta esa misma noche.

Un trabajo para toda la vida (o para toda la estrella)

Lo que sí se sabe con seguridad es esto: cada Weather tiene un único trabajo, y ese trabajo dura para siempre, o al menos para todo el tiempo que dure su estrella. El Weather de la lluvia siempre hará llover. El Weather del sol siempre hará brillar el sol. No se cambian de fenómeno, no se turnan, no piden vacaciones para probar otra cosa. Doria jamás intentará hacer nevar, por más curiosidad que sienta al ver los copos de Copo. Tronido jamás soltará un arcoíris en lugar de un trueno, aunque

algún día esté de tan buen humor que le den ganas.

Esto podría sonar aburrido, pero no lo es, porque ningún día de lluvia es igual a otro, ningún amanecer se parece exactamente al anterior, y cada Weather le pone a su fenómeno algo de su propio carácter, de su propio humor, de su propia manera de ver el mundo. La lluvia de un Weather alegre gotea distinto que la lluvia de un Weather melancólico: cae más rápido, rebota con más ganas en los charcos, hace un sonido casi como de risa contra los techos de chapa. El viento de un Weather juguetón sopla distinto que el viento de un Weather cansado: da vueltas, hace bailar las hojas, se cuela por las rendijas de las ventanas nada más que para hacer cosquillas.

Por eso, si un mismo pedido —"un poco de lluvia, por favor"— llega dos veces en la misma semana, el resultado nunca será exactamente igual. La lluvia de un martes puede oler distinto que la de un jueves. El sol de una mañana puede calentar distinto que el de la tarde anterior. Y eso, dicen quienes conocen bien a los Weathers, es parte de la magia: que el clima nunca sea una copia de sí mismo, sino algo vivo, hecho a mano, con el corazón puesto adentro.

Por eso, para entender el clima, primero hay que entender a quien lo hace.

Y para entender a quien lo hace, hay que conocer las reglas de su mundo, las formas que cambian con las emociones, los diez pájaros que cruzan el cielo llevando los pedidos de los niños, y lo que puede pasar —a veces con consecuencias enormes— cuando una palabra se dice mal o un ala se cansa a mitad de camino.

De eso hablaremos en el próximo capítulo.

Las reglas de las estrellas pequeñas

Vivir en una estrella diminuta, solo, en medio del cielo, tiene sus particularidades. Cada estrella es apenas un poco más grande que una casa de dos pisos, con una ventana redonda que mira hacia la Tierra y otra, más pequeña, que mira hacia las estrellas vecinas. Adentro no hay muebles como los que conocemos: hay nubes que sirven de cama, hilos de luz que sirven de escalera, y en el centro, siempre, un fuego pequeño que nunca se apaga del todo y que cada Weather enciende con su propio ánimo.

No es una vida triste —los Weathers no se sienten solos casi nunca, porque tienen mucho trabajo y también se visitan entre estrellas cercanas, saltando de una a otra como quien salta de piedra en piedra sobre un río—, pero sí es una vida con reglas propias, distintas a las de la Tierra. Son reglas que nadie escribió en ningún papel, que no están colgadas en ninguna pared, pero que todos los

Weathers conocen desde que abren los ojos por primera vez en su estrella, como si vinieran escritas en el aire mismo que respiran.

La primera regla, la más importante de todas, es esta:

Un Weather solo puede producir el fenómeno que le corresponde. Ni uno más, ni uno menos.

Esto quiere decir que Doria, la Weather de la lluvia, no puede hacer nevar aunque quisiera, ni Solmar, el Weather del sol, puede mandar un poco de viento para ayudar a una cometa. Cada uno hace lo suyo, nada más. Doria puede pasarse una tarde entera mirando cómo Copo hace bailar los copos de nieve sobre su estrella vecina, suspirar y decir "qué lindo se ve eso", pero jamás podrá hacer ella misma ni un solo copo. Y Copo, por más ganas que tenga de mojar sus manos heladas en un charco tibio, jamás logrará que caiga ni una gota de lluvia.

Si alguna vez ves un día raro, con sol y lluvia y viento todo junto, no es un solo Weather trabajando de más: son varios, coordinándose, a veces bien y a veces no tanto. De hecho, cuando sale un arcoíris después de la lluvia, en realidad están trabajando dos Weathers al mismo tiempo: Doria, terminando su lluvia, e Iris, que aprovecha las últimas gotas suspendidas en el aire para pintar su arco de colores. Son vecinas, y se avisan con una señal de luz cuando una está por terminar y la otra puede empezar.

El cuerpo que cambia con el humor

La segunda regla es la más sorprendente para quien no conoce este mundo, y es la que explica por qué el clima puede volverse tan impredecible.

El cuerpo de un Weather cambia según lo que siente. Y su fenómeno cambia con él.

Cuando Doria está contenta, su cuerpo se vuelve suave y translúcido, como si estuviera hecha de agua de manantial recién brotada, con reflejos que van y vienen igual que peces pequeños bajo la piel. En esos días, llueve una lluvia fina, alegre, de esas que dan ganas de salir a caminar sin paraguas, de esas que hacen ruido de campanitas al golpear los techos de lata. Pero si Doria está triste —si tuvo un mal día, si algo la entristeció, si extraña a alguien que ya no está— su cuerpo se vuelve pesado, gris, cargado de agua hasta los bordes, como una esponja que ya no puede sostener ni una gota más. Sus ojos, normalmente celestes, se oscurecen hasta parecer del color de las nubes de tormenta. Y entonces llueve fuerte, sin parar, un día y otro día, y a veces esa tristeza tan grande termina en una inundación que nadie pidió, con calles convertidas en ríos y patios convertidos en charcos sin fondo.

Lo mismo le pasa a todos. Cuando Brisalio, el Weather del viento, se pone nervioso —por ejemplo, si un pájaro mensajero le trae un pedido confuso, o si dos niños de dos ciudades distintas piden cosas opuestas el mismo día—, su

cuerpo se agita, sus brazos larguísimos se mueven en espiral, su cabello (que parece hecho de humo blanco) se levanta en todas direcciones, y el viento tranquilo que estaba soplando puede convertirse, sin que él lo quiera del todo, en un torbellino que arranca sombrillas y hace volar las hojas de los árboles como si fueran pájaros asustados.

Cuando Solmar se enoja, su piel —normalmente dorada y tibia como el pan recién horneado— se pone del color de una brasa, casi roja, y chispea igual que una fogata a punto de crecer. Entonces el sol que calienta rico empieza a quemar de más, y las plantas se marchitan, y los perros buscan la sombra debajo de los autos, y los helados se derriten antes de que nadie alcance a comerlos.

Una vez, cuenta la historia, Tintín, uno de los diez pájaros mensajeros, llegó volando hasta la estrella de Solmar con un pedido de un niño que quería "un día bien calentito para ir a la playa". Pero Tintín llegó agitado, sin aliento, porque en el camino lo había perseguido un halcón real que confundió sus plumas doradas con las de una presa. Y al contar la historia entre jadeos, con las plumas revueltas, transmitió sin querer parte de su propio susto. Solmar, que ya estaba de por sí un poco nervioso esa mañana, sintió que el susto de Tintín se le pegaba como se pega un bostezo, y su piel empezó a chispear antes de tiempo. El resultado fue un día tan caluroso que hasta la arena de la playa quemaba los pies descalzos, y el niño que había

pedido "un día bien calentito" terminó refugiado bajo una sombrilla, comiendo un helado que se derritió en tres minutos.

—No fue tu culpa —le dijo después Solmar a Tintín, ya más calmado, cuando el pájaro volvió avergonzado a disculparse—. Los sentimientos se contagian, así como se contagia un bostezo o una risa. Vos solo hiciste tu trabajo lo mejor que pudiste.

Esto no significa que los Weathers sean descuidados o que no les importe su trabajo. Al contrario: les importa muchísimo, y por eso sufren cuando algo sale mal. Pero son seres con sentimientos, igual que cualquier niño, y los sentimientos, a veces, se escapan un poquito de las manos, como un globo que se suelta justo cuando uno menos lo espera.

Lo que no pueden hacer

Hay cosas que ningún Weather puede hacer, por más que quiera, y son cosas que aprenden muy temprano, casi al mismo tiempo que aprenden a reconocer su propio fenómeno.

No pueden bajar a la Tierra: sus cuerpos están hechos para vivir en el cielo, entre estrellas, tejidos con la misma materia liviana de las nubes y la luz, y si intentaran pisar tierra firme se disolverían como una nube que se deshace con el viento, sin dolor, pero también sin remedio, como

una vela que se apaga de un soplido. Por eso, cuando algún Weather siente demasiada curiosidad por saber cómo es de verdad el pasto bajo los pies o el agua de un río entre los dedos, sus vecinos le recuerdan con cariño que ese deseo, aunque sea comprensible, jamás podrá cumplirse.

No pueden hablar directamente con los niños: por eso existen los pájaros mensajeros, que son el único puente entre las dos orillas. Pico Fino, Chirimía, Plumón, Tintín, Ala de Bronce, Cascabela, Trino Largo, Pluma Chica, Gorjeo y Andarríos son los únicos que pueden cruzar el cielo llevando los pedidos de un lado a otro, y por eso su trabajo es tan importante y, al mismo tiempo, tan delicado: si un pájaro dice mal un pedido, o se confunde de estrella, o llega demasiado cansado y mezcla las palabras, el Weather que lo recibe no tiene forma de comprobar si eso es realmente lo que el niño pidió. Confía en el pájaro, porque no le queda otra opción.

Y no pueden elegir cuándo trabajar: si un pájaro llega con un pedido, el Weather debe intentar cumplirlo, aunque esté cansado, aunque esté triste, aunque preferiría quedarse un ratito más mirando las otras estrellas desde su ventana redonda, envuelto en su manta de nubes, sin hacer nada más que descansar.

Ningún Weather puede negarse a un pedido. Pero todos pueden equivocarse al cumplirlo.

Esta última frase es la que más repiten los Weathers más viejos a los más jóvenes, casi como un consejo y una disculpa al mismo tiempo. Porque saben que equivocarse no es lo mismo que no importarle, y que un día de lluvia demasiado fuerte no borra los cientos de días de lluvia suave y alegre que vinieron antes.

Qué pasa cuando se rompe una regla

Cuando un Weather rompe una regla sin querer —por ejemplo, si su tristeza es tan grande que la lluvia se convierte en inundación, o si su enojo hace que el sol queme más de lo debido— no recibe ningún castigo. No hay una autoridad allá arriba que reparta sanciones, ni una estrella más grande desde donde alguien vigile y anote errores en un cuaderno. Lo que ocurre es más simple y, en el fondo, más triste: el Weather se da cuenta solo del daño que hizo. Se asoma a su ventana redonda, mira hacia abajo, y ve las consecuencias: los techos anegados, las plantas quemadas, los caminos convertidos en barro. Y eso le duele mucho más que cualquier castigo, porque el dolor de haber lastimado sin querer es de los más difíciles de calmar.

Por suerte, los Weathers no están solos en esto. Las estrellas vecinas suelen ayudarse, como buenas vecinas que se prestan azúcar o se cuidan las plantas cuando una se va de viaje.

Una noche, después de una tormenta particularmente triste que Doria había dejado caer sobre un pueblo entero sin querer, Iris cruzó el puente de luz que unía su estrella con la de Doria y golpeó suavemente en su ventana redonda.

—¿Puedo pasar? —preguntó, aunque ya estaba entrando, porque entre vecinas cercanas esas preguntas son más de cortesía que de necesidad.

Doria estaba hecha un ovillo gris en el rincón más oscuro de su estrella, con el cuerpo pesado y cargado de agua, y ni siquiera levantó la cabeza para responder.

—Vi lo que pasó —dijo Iris, sentándose a su lado sin apuro—. El pueblo entero bajo el agua. Debe doler mucho.

—No quise hacerlo —murmuró Doria, y de sus ojos oscuros cayeron un par de lágrimas que, al tocar el suelo de nubes, se convirtieron en gotas de lluvia diminutas que cayeron muy lejos, sobre algún campo vacío donde no lastimaban a nadie—. Solo estaba triste. Extrañaba mi estrella de cuando era más chica, la que tenía antes de esta. Y la tristeza se hizo cada vez más grande, hasta que no pude sostenerla.

—A veces pasa así —dijo Iris, y con un gesto suave hizo aparecer, solo para las dos, un pequeño arcoíris minúsculo, del tamaño de una pulsera, que brilló entre ambas como una promesa silenciosa—. Yo también rompí

una regla una vez. ¿Te acordás que hace un tiempo salió un arcoíris sin que hubiera llovido antes?

Doria, a pesar de todo, sonrió apenas.

—Sí. Pensé que había sido un error del cielo.

—Fue un error mío —admitió Iris—. Estaba tan feliz ese día que no pude contenerme, y mi color se desbordó sin que hiciera falta lluvia. Un arcoíris sin lluvia es raro, confunde a la gente, algunos hasta se asustaron pensando que era mala señal. Pero no pasó nada terrible. Solo fue extraño por un rato, y después todo volvió a su cauce.

Se quedaron un rato en silencio, mirando juntas por la ventana redonda cómo el pueblo, allá abajo, empezaba de a poco a secarse bajo un sol que Solmar mandaba con cuidado, casi de puntillas, para no lastimar más de lo necesario.

—Gracias por venir —dijo Doria, al fin, con la voz un poco menos pesada.

—Para eso estamos las vecinas —respondió Iris.

Historias como esta se repiten entre las estrellas de un modo u otro: si Brisalio está nervioso después de un torbellino que no quiso causar, Nébula, la Weather de la niebla, se sienta con él un rato en silencio, que a veces es la mejor manera de acompañar a alguien, porque no todas las tristezas necesitan palabras, algunas solo necesitan

compañía. Si Escarcha se congela de vergüenza después de haber cubierto de hielo un camino que no debía, Copo le lleva un cuento para distraerla, aunque Escarcha diga que no hace falta y en realidad lo esté esperando desde la mañana. Y si Tronido truena más fuerte de lo debido porque algo lo asustó, Solmar espera pacientemente a que se calme antes de sacar su propio sol, para no hacerlo sentir peor por comparación.

Porque en el mundo de los Weathers, como en el de los niños, lo que más ayuda a que las cosas salgan bien no son las reglas ni los castigos, sino que alguien te escuche cuando algo anda mal. Y quizás por eso, aunque cada estrella sea diminuta y esté sola en medio del cielo inmenso, ningún Weather está verdaderamente solo: siempre hay una ventana vecina, un puente de luz, un pájaro que cruza el cielo, alguien dispuesto a golpear suavemente y preguntar "¿puedo pasar?", incluso cuando ya está entrando.

Cómo se hace un fenómeno, paso por paso

Fabricar un fenómeno meteorológico no es magia instantánea, aunque lo parezca desde la Tierra. Es, en realidad, un proceso cuidadoso, casi artesanal, que cada Weather aprende a hacer bien con paciencia y con años de

práctica, del mismo modo en que un panadero aprende a amasar el pan justo, ni muy duro ni muy blando, o en que un músico aprende a afinar su instrumento hasta que la nota suena exactamente como debe sonar.

Todo empieza siempre con un pedido. Un niño, en algún lugar del mundo, dice algo sobre el clima —a veces en voz alta, mirando el cielo desde el patio de su casa; a veces susurrando antes de dormir, con la cara hundida en la almohada; a veces sin darse cuenta de que lo está pidiendo, solo pensando en voz alta mientras juega— y ese pedido es escuchado por un pájaro, que lo lleva volando hasta la estrella correspondiente.

Puede ser Pico Fino, que vuela bajito y pegado a los techos de las casas para no perderse ni una palabra. Puede ser Chirimia, que canta el pedido entero mientras vuela, para no olvidarlo. Puede ser Plumón, tan suave que a veces ni se le siente pasar entre las cortinas. Cualquiera de los diez puede ser el elegido esa noche, y cada uno tiene su manera particular de sostener el mensaje en el pico, como quien lleva una taza llena hasta el borde y camina despacio para no derramarla.

Una vez que el pedido llega, el Weather hace tres cosas, siempre en el mismo orden, sin saltarse ninguna, sin apurarse, como quien sigue una receta aprendida de memoria pero que aún así prepara con cariño cada vez.

Primero: escuchar con el cuerpo entero

Cada Weather tiene una manera especial de "escuchar" el mensaje, que no es solamente con los oídos. Doria, por ejemplo, cierra los ojos y deja que el pedido le moje despacio el pecho, como si las palabras mismas fueran gotas que resbalan por su piel de niebla azul. Cuando el mensaje es triste, Doria siente que esas gotas pesan más, que se le quedan prendidas en las pestañas como si fueran a convertirse en llanto antes de convertirse en lluvia.

Solmar, en cambio, escucha con las manos abiertas hacia arriba, dejando que el mensaje le caliente las palmas. Si el pedido viene de un niño contento, Solmar siente un calor parejo, agradable, como el de una taza de chocolate recién servida. Si el pedido viene de alguien que solo quiere sol para no tener que abrigarse, ese calor es distinto: más impaciente, más rápido, y Solmar tiene que sostenerlo un momento entre las manos antes de decidir qué hacer con él.

Copo escucha con los pies descalzos apoyados en el suelo helado de su estrella, y dice que así puede sentir si el pedido "tiembla" —los pedidos de nieve para jugar tiemblan de alegría, y los pedidos de nieve porque hace demasiado calor y alguien solo quiere refrescarse tiemblan distinto, con una urgencia que Copo aprendió a reconocer con los años—. Brisalio, que nunca se está quieto, escucha girando despacio sobre sí mismo, dejando que el mensaje

le roce todo el cuerpo, como si el viento necesitara sentir las palabras desde todos los costados para entenderlas bien. Nébula escucha envuelta en su propia bruma, casi sin moverse, con una calma que a veces desespera a los demás Weathers, aunque ella insiste en que la niebla necesita tiempo para pensar. Iris escucha con los siete colores de su piel encendidos a la vez, y dice que cada color capta una parte distinta del pedido: uno la alegría, otro la sorpresa, otro la esperanza. Tronido escucha con el pecho tenso, atento, listo para saltar, porque dice que las tormentas necesitan estar despiertas antes de nacer. Y Escarcha escucha en silencio absoluto, casi sin respirar, dejando que el frío del mensaje se le meta en los huesos poco a poco.

Esta manera de escuchar con el cuerpo entero es importante porque ayuda al Weather a entender no solo las palabras del pedido, sino también el sentimiento que hay detrás. No es lo mismo un "quiero que llueva" dicho con alegría, pensando en saltar en los charcos con botas de goma nuevas, que un "quiero que llueva" dicho con desesperación, porque el campo está seco y las plantas se están muriendo y los abuelos miran el cielo con la frente arrugada. El fenómeno que sale, muchas veces, se parece al sentimiento que trajo el pedido: una lluvia alegre cae distinto —más suave, casi juguetona— que una lluvia nacida de la angustia, que puede llegar más fuerte, como si

quisiera compensar de una vez toda la sequía.

—A veces pienso que no fabricamos clima —dijo una vez Doria, mirando caer una llovizna fina sobre un pueblo—. Pienso que fabricamos sentimientos que se pueden tocar.

Segundo: medir el pedido con cuidado

Un buen fenómeno nunca es más grande que el pedido que lo originó.

Esta es, quizás, la regla más delicada de todas, la que cada Weather repite en su cabeza tantas veces que ya la sueña. Un pedido de "un poquito de lluvia para el jardín" debe convertirse en un poquito de lluvia, no en un aguacero que arranque las flores recién plantadas. Un pedido de "un poco de viento para la cometa" debe convertirse en una brisa que la levante despacio, no en un vendaval que la haga pedazos contra un árbol.

Para lograr esta medida justa, los Weathers usan algo parecido a una balanza invisible, que solo ellos pueden ver desde su estrella, suspendida en el aire frente a ellos como si estuviera hecha de luz y de silencio. En esa balanza van poniendo, de un lado, las palabras del pedido —con su tamaño, su tono, su urgencia— y del otro, la cantidad de fenómeno que están por soltar. Cuando la balanza queda pareja, perfectamente equilibrada, el fenómeno sale bien, y el Weather siente una especie de calma satisfecha, parecida a la de terminar un dibujo que quedó

exactamente como uno lo imaginaba.

Copo cuenta que a veces la balanza tarda en equilibrarse, y que hay que tener paciencia:

—Una vez until until until until until until until until until until until— se ríe Copo al contarlos, porque dice que se quedó tanto rato ajustando un pedido de nieve que hasta se le congelaron las palabras en la boca—. Un niño pidió "un poco de nieve, pero no tanta como para que no haya clases". Tuve que pensarlo mucho. ¿Cuánta nieve es "un poco pero no tanta"? Al final decidí que fuera apenas suficiente para cubrir los techos y los jardines, pero no las calles principales. Creo que le gustó.

El problema, como veremos más adelante, es que esta balanza depende de que el pedido llegue completo y claro. Si el pájaro mensajero escuchó mal, si se distrajo mirando una luciérnaga en el camino, o si se olvidó de una parte del mensaje por el cansancio de un vuelo demasiado largo, la balanza se desequilibra sin que el Weather tenga la culpa. Del lado del pedido queda menos peso del que debería, y entonces el fenómeno que sale del otro lado resulta más grande de lo que el niño realmente quería, sin que nadie lo haya hecho a propósito.

Por eso los Weathers confían tanto en sus pájaros, y por eso también —aunque no lo digan en voz alta— a veces se preocupan un poco cuando ven llegar a Cascabela con las

plumas revueltas, o a Trino Largo respirando agitado después de un vuelo demasiado apurado.

Tercero: soltar el fenómeno

Por último, el Weather abre la ventana redonda de su estrella y suelta el fenómeno hacia la Tierra. Esa ventana no es como las ventanas comunes: no tiene vidrio ni marco de madera, sino un borde hecho de la misma sustancia con la que está hecha la estrella, tibio al tacto para unos, helado para otros, y siempre con una vista perfecta del lugar exacto donde el fenómeno debe caer.

Desde allá abajo, esto se ve como una nube que empieza a formarse despacio en el horizonte, gris al principio y después más oscura; como un viento que de pronto se levanta y hace bailar las cortinas de una ventana entreabierta; como una helada que aparece de madrugada sobre el pasto, dejando cada brizna cubierta de un blanco delicado que cruje bajito bajo los primeros pasos de la mañana; como un arcoíris que se dibuja despacio, color por color, después de una lluvia breve, mientras algún niño corre a buscarlo con los ojos bien abiertos.

Este momento es siempre un poco mágico, incluso para los propios Weathers, que después de tantos años de hacerlo todavía se asoman a mirar cómo su trabajo cae sobre bosques, ciudades, patios de escuela y ventanas de dormitorios, y piensan, cada vez, lo mismo: ojalá les guste.

Solmar, en particular, tiene la costumbre de quedarse un rato apoyado en el borde de su ventana, con la barbilla sobre los brazos cruzados, mirando cómo la luz que soltó se extiende sobre un valle o sobre una playa, y contando en silencio los segundos hasta que ve, muy pequeñito allá abajo, a algún niño quitándose el abrigo porque por fin salió el sol. Iris, por su parte, dice que su momento favorito es cuando el arcoíris ya terminó de formarse y alguien, desde la Tierra, señala hacia el cielo con el brazo estirado, llamando a gritos a toda su familia para que también lo vea antes de que se desvanezca.

—Ese gesto —dice Iris— vale más que todos los colores juntos.

Los límites que nadie debe cruzar

Existen algunos límites que ni el Weather más generoso puede saltarse, por más ganas que tenga de complacer a quien hizo el pedido. No se puede hacer llover fuego, ni nevar arena, ni soplar un viento que hable, ni fabricar una tormenta de estrellas fugaces solo porque algún niño, en un cumpleaños especialmente emocionado, lo pidió con todo el corazón. Los fenómenos son siempre los que ya conocemos —lluvia, sol, viento, nieve, niebla, tormenta, arcoíris, helada— y lo único que puede variar es su intensidad, nunca su naturaleza.

Se cuenta, entre los propios Weathers, la anécdota de un niño que una vez pidió "nieve de colores, como un arcoíris

pero congelado". Copo e Iris se juntaron esa noche, cada uno asomado a la ventana de la estrella del otro, tratando de imaginar cómo podría hacerse algo así. Al final, lo único que lograron fue ponerse de acuerdo para que cayera nieve justo cuando el cielo tuviera un atardecer especialmente colorido detrás, de modo que los copos, al caer, parecieran teñidos de rosa y naranja por un instante. No era exactamente lo que el niño había pedido, pero cuando el pájaro mensajero —esta vez fue Gorjeo— volvió a escuchar lo que se decía en la Tierra, contó que el niño había aplaudido igual, encantado, sin notar la diferencia.

Se puede pedir mucho o poco. Nunca se puede pedir algo imposible.

Y cuando un pedido llega mal —demasiado grande, demasiado confuso, o simplemente equivocado—, lo que sale no es un fenómeno nuevo, sino una versión desbordada del de siempre: una lluvia que se vuelve inundación, un viento que se vuelve huracán o tornado, un sol que se vuelve calor extremo y agobiante, un frío que se vuelve helada peligrosa capaz de quemar las hojas más tiernas, una falta de lluvia que se vuelve sequía larga y silenciosa. Son los mismos fenómenos de siempre, pero fuera de su medida justa, como una canción cantada demasiado fuerte o un abrazo apretado más de la cuenta.

Tronido, que conoce mejor que nadie lo que es un fenómeno desbordado, suele decir algo que los demás

Weathers repiten cuando quieren explicárselo a los más jóvenes de las estrellas:

—Una tormenta pequeña es un susto de un segundo y después la risa. Una tormenta que se desbordó es un miedo que dura toda la noche. Y la diferencia entre una y otra, casi siempre, no está en mí. Está en el camino que recorrió el pedido antes de llegar hasta acá.

De cómo ocurren estos malentendidos, de qué manera un mensaje puede torcerse en pleno vuelo, y de quiénes son los diez pájaros que cargan sobre sus alas la responsabilidad de que cada pedido llegue entero, hablaremos ahora.

Los Weathers, uno por uno

Es momento de conocerlos de cerca. Hay muchísimos Weathers repartidos por el cielo, uno por cada rincón del clima, cada uno con su propia estrella parpadeando en algún punto de la noche, como una lucecita que respira. Hay Weathers de la brisa que apenas mueve las cortinas, Weathers del rocío que humedece las hojas al amanecer, Weathers de las nubes pequeñas que parecen ovejas dormidas, y hasta Weathers de fenómenos tan raros que ni siquiera tienen nombre en el idioma de los niños. Pero algunos de ellos aparecerán una y otra vez en las páginas de este libro, así que vale la pena presentarlos con calma,

como se presenta a un vecino con el que uno sabe que va a cruzarse todos los días, en la puerta del edificio o en la esquina de la panadería.

Antes de empezar, conviene recordar algo importante: los Weathers no son como las personas comunes, que pueden esconder lo que sienten detrás de una sonrisa educada. Ellos no. En los Weathers, el sentimiento y el fenómeno son la misma cosa, dos caras de una misma moneda que gira en el aire. Por eso, para conocer a un Weather de verdad, no alcanza con ver su forma: hay que fijarse también en el cielo que lo rodea, porque ahí, en las nubes o en la luz o en el viento, está escrito exactamente cómo se siente.

Doria, la Weather de la lluvia

Doria vive en una estrella algo más brillante que las demás, porque su superficie siempre está húmeda y refleja la luz distinto: de lejos parece una gota enorme suspendida en la oscuridad, temblando apenas, como si estuviera a punto de caer y nunca terminara de hacerlo. Alrededor de su estrella flotan gotitas diminutas que giran despacio, formando un halo que algunos niños, en las noches muy claras, confunden con un anillo de bruma.

Doria es dulce, generosa, y llora con facilidad —no de tristeza solamente, también de alegría, de emoción, de ternura ante cualquier cosa bonita que ve desde su ventana—. Le basta ver a un niño compartir su paraguas

con un amigo, o a un perro persiguiendo su propia cola en un charco, para que sus ojos se llenen de agua y, en algún lugar del mundo, empiece a caer una llovizna suave. Tiene el cabello largo y ondulado, de un color gris azulado que cambia de tono según su ánimo, y una voz baja, como de arroyo, que tranquiliza a quien la escucha.

Cuando está contenta, su lluvia es una lluvia fina y agradecida, de esas que caen sin apuro, que hacen ruiditos alegres sobre los techos de chapa y dejan un olor a tierra mojada que a muchos les recuerda a su infancia, aunque todavía sean niños. Cuando está triste, en cambio, puede llover tanto que los ríos se desbordan sin que ella lo quiera, y entonces Doria se angustia todavía más al ver el desastre que provocó, lo cual, por supuesto, la hace llorar —y llover— todavía más. Es un círculo del que le cuesta salir sola, y por eso los otros Weathers, cuando la ven así, intentan hacerla reír cuanto antes, antes de que la tristeza se convierta en tormenta.

"No es que llore para hacer llover", suele explicar Doria, secándose los ojos con la manga de su vestido gris. "Es que cuando lloro, llueve. Son la misma cosa. A veces quisiera poder separarlas, pero no sé cómo."

Los pájaros mensajeros que le llevan pedidos saben que hay que hablarle con cariño, despacio, porque Doria escucha con el corazón antes que con los oídos, y cualquier palabra brusca puede hacer que una lluvia de jardín se

convierta, sin querer, en un aguacero de varios días.

Solmar, el Weather del sol

Solmar es puro entusiasmo. Su estrella es la más cálida de todas, tan brillante que ningún telescopio de la Tierra logra mirarla de frente sin encandilarse, y él mismo parece hecho de una luz dorada que nunca se apaga del todo, ni siquiera cuando duerme: se dice que, si uno pudiera acercarse a su estrella en plena noche, vería a Solmar brillando suavemente entre sueños, como una brasa que no quiere enfriarse.

Es optimista, algo impaciente, y le encanta cuando los niños juegan afuera gracias a su sol: las carreras en la plaza, los helados que se derriten en la mano, las siestas bajo la sombra de un árbol en pleno mediodía. Habla rápido, se ríe fuerte, y tiene la costumbre de contar chistes que no siempre son graciosos, pero que él mismo festeja con tantas ganas que termina contagiando la risa a los demás Weathers.

El problema es que, cuando se frustra —por ejemplo, si siente que nadie disfruta de un día soleado, o si un pedido lo confunde, o si algún pájaro mensajero llega tarde con las noticias del mundo—, su calidez se convierte en un calor que quema, y su sol, en lugar de invitar a jugar, obliga a todos a quedarse adentro, con las persianas bajas y los ventiladores encendidos. En esos días, Solmar se siente todavía peor, porque lo único que quería era alegrar

el mundo, y en cambio lo hizo sudar.

"Yo solo quiero que la gente sonría cuando me ve", suele decir Solmar, mirando hacia abajo desde su estrella con cierta tristeza dorada. "Pero a veces brillo tanto que ni siquiera pueden abrir los ojos para mirarme."

Doria y Solmar, curiosamente, son grandes amigos, aunque sus fenómenos parezcan opuestos. Tal vez porque se necesitan el uno al otro para que exista algo tan hermoso como lo que viene a continuación.

Copo, el Weather de la nieve

Copo es el más tranquilo de todos, y también el más friolento, lo cual es bastante curioso considerando que es él quien reparte el frío por medio mundo. Su estrella tiene un brillo blanco y quieto, casi silencioso, y está cubierta de una escarcha fina que jamás se derrite, ni siquiera cuando los demás Weathers organizan sus reuniones más animadas cerca de ella.

Le gusta trabajar despacio, copo por copo, formando paisajes blancos con mucho cuidado y mucha paciencia, como quien borda una manta enorme puntada por puntada. Se dice que Copo puede pasarse horas enteras observando un solo copo de nieve antes de dejarlo caer, estudiando su forma, asegurándose de que sea único, porque —según explica él mismo— no hay dos copos iguales en el universo, y eso le parece algo demasiado importante como para apurarlo.

Es callado, de gestos suaves, y habla en susurros, como si tuviera miedo de que su propia voz derritiera algo. Cuando algo lo asusta o lo pone nervioso, en cambio, suelta toda la nieve de golpe, sin la delicadeza de siempre, y entonces aparecen las ventiscas: copos que ya no caen despacio sino que se lanzan en todas direcciones, empujados por un viento helado que ni el propio Copo sabe controlar del todo.

"Cuando tengo miedo, se me caen todos los copos de las manos al mismo tiempo", confiesa Copo, envolviéndose en su bufanda de nube. "Y entonces ya no puedo elegir dónde van a caer, ni cómo."

Los pájaros que trabajan con Copo aprenden pronto que hay que anunciarle las noticias con calma, sin sobresaltos, porque un mensaje demasiado apurado puede transformar una nevada tierna en una tormenta de nieve capaz de tapar caminos enteros.

Brisalio, el Weather del viento

Brisalio no puede quedarse quieto ni un segundo, y esa inquietud se nota en cómo sopla el viento cuando él está trabajando: siempre en movimiento, siempre curioso, entrando por cada rendija, moviendo cada hoja, levantando cada cortina para asomarse a mirar qué hay del otro lado. Su estrella no tiene una forma fija: cambia todo el tiempo, se estira, se encoge, gira sobre sí misma, como si ni siquiera el hogar de Brisalio pudiera quedarse

tranquilo.

Es simpático y juguetón, el favorito de las cometas y los barcos de vela, y también de los niños que corren por la playa tratando de atrapar su propia sombra. Le encanta hacer bailar las hojas secas en otoño, despeinar a los que se creen demasiado peinados, y colarse en las conversaciones ajenas solo para escuchar qué se cuentan. Habla a los saltos, cambiando de tema sin avisar, y a veces empieza una frase para terminarla completamente distinta.

Pero cuando se pone nervioso —y se pone nervioso con facilidad, sobre todo si algo lo toma por sorpresa—, su viento se acelera tanto que puede convertirse en un torbellino, e incluso, en sus peores días, en algo tan fuerte como un tornado, capaz de arrancar techos y doblar árboles como si fueran ramitas. Cuando eso pasa, el propio Brisalio se asusta de lo que hizo, y esa sorpresa, sumada a los nervios, a veces empeora las cosas todavía más antes de que logre calmarse.

"Es que no puedo parar de moverme", explica Brisalio, girando alrededor de su propia estrella como una peonza inquieta. "Ni siquiera cuando quiero. Y cuando algo me asusta, en vez de quedarme quieto, me muevo todavía más rápido."

De todos los Weathers, es quizás el que más pájaros mensajeros necesita, porque sus cambios de humor son

tan veloces que conviene tenerlo vigilado de cerca.

Nébula, la Weather de la niebla

Nébula es callada y misteriosa, y a los otros Weathers les cuesta un poco entenderla, porque casi nunca dice lo que siente: prefiere mostrarlo, envolviendo el paisaje en su niebla suave, como si hablara en un idioma hecho de vapor. Su estrella es difícil de ver incluso para los otros habitantes del cielo, porque está siempre rodeada de una bruma tenue que ella misma exhala sin darse cuenta, del mismo modo en que las personas respiran sin pensarlo.

Cuando está tranquila, su niebla es apenas un velo delicado que suaviza los bordes de las cosas, que hace ver los faroles de la calle como pequeñas lunas borrosas y da a las mañanas un aire de cuento antiguo. A Nébula le gusta esa niebla liviana, la que deja adivinar las formas sin ocultarlas del todo, porque —dice ella— hay belleza en no verlo todo de golpe, en descubrir el mundo de a poco.

Cuando está confundida —y a Nébula le pasa seguido, porque piensa mucho las cosas y a veces se enreda en sus propios pensamientos, dando vueltas y vueltas alrededor de una misma idea sin encontrar la salida— su niebla se vuelve tan espesa que nadie puede ver ni un paso adelante, ni siquiera ella misma logra encontrar la puerta de su propia estrella.

"Cuando no sé qué siento, tampoco sé qué hacer con la niebla", dice Nébula en voz muy baja, casi como si la frase se disolviera apenas la dice. "Y entonces se espesa, y se espesa, hasta que ni yo puedo ver a través de ella."

Los pájaros que le llevan pedidos deben tener mucha paciencia con Nébula, porque a veces ella tarda en responder, perdida en sus propios pensamientos, y hace falta repetirle las cosas con dulzura, sin apurarla, para que la niebla no se vuelva un laberinto.

Iris, la Weather del arcoíris

Iris es, quizás, la más especial de todos los Weathers, porque su fenómeno no depende solo de ella: el arcoíris necesita que haya sol y lluvia al mismo tiempo, así que Iris trabaja siempre en equipo con Doria y Solmar, coordinando con ellos el momento justo, el instante preciso en que las gotas de agua y los rayos de luz se encuentran en el aire para estallar en colores.

Su estrella es la más colorida del cielo, y cambia de tonalidad constantemente, pasando del violeta al naranja, del verde al rojo, como si no pudiera decidirse por uno solo —y en el fondo, según cuenta ella misma entre risas, no quiere decidirse, porque le encantan todos por igual—. Es alegre, artista, y le encanta pintar el cielo con sus colores, mezclando tonos que después caen sobre el mundo como si alguien hubiera volcado, sin querer, una caja entera de acuarelas sobre las nubes.

Iris habla con las manos, dibujando arcos en el aire mientras explica sus ideas, y suele visitar a Doria y a Solmar por separado para convencerlos de trabajar juntos, porque no siempre es fácil: a veces Solmar quiere seguir brillando fuerte y Doria todavía no terminó de llorar, y entonces Iris tiene que mediar entre los dos con mucha paciencia y buen humor.

"El arcoíris es lo que pasa cuando la tristeza y la alegría se dan la mano por un momento", le gusta decir a Iris, mientras ensaya con los dedos los colores que usará esa tarde. "Por eso es tan lindo. Porque no es fácil que eso pase."

Cuando todo sale bien, aparece un arcoíris; cuando sale realmente perfecto —cuando Doria llora justo lo necesario y Solmar brilla en el ángulo correcto—, aparecen dos, uno junto al otro, y entonces Iris se pone tan contenta que su propia estrella parpadea de todos los colores a la vez, como si celebrara con fuegos artificiales silenciosos.

Tronido, el Weather de la tormenta

Tronido tiene fama de ser el más temperamental de todos, y es cierto que su fenómeno —rayos y truenos— suena intimidante desde cualquier rincón del mundo: un cielo que se oscurece de golpe, una luz blanca que parte la noche en dos, un estruendo que hace temblar los vidrios de las ventanas. Su estrella es oscura, casi negra, salpicada de chispazos que aparecen y desaparecen como pequeños

relámpagos de bolsillo, y muchos niños, al verla desde la Tierra, la confunden con un agujero en el cielo.

Pero en el fondo es un Weather sensible, mucho más de lo que su fama sugiere, que se siente un poco solo porque los demás, a veces, le tienen algo de miedo y no se acercan a conversar con él tan seguido como con Doria o con Iris. Tronido es grande, de voz profunda, y cuando ríe —cosa que sucede más de lo que la gente cree— su risa suena, en la Tierra, como un trueno lejano y amistoso.

Cuando está de buen humor, su tormenta es un espectáculo hermoso de luces lejanas, de esas que los niños miran desde la ventana contando los segundos entre el relámpago y el trueno, jugando a adivinar qué tan cerca está la tormenta. Cuando está frustrado, en cambio —porque alguien lo dejó de lado, o porque un pájaro mensajero llegó con un pedido confuso—, sus rayos caen más cerca y sus truenos retumban con una fuerza que asusta a todos, incluido él mismo, que después se queda mirando el desastre con una mezcla de vergüenza y tristeza.

"A veces me gustaría que alguien viniera a visitarme sin que yo tuviera que hacer ruido primero", confiesa Tronido, con una voz que retumba suavemente, como un trueno que se disculpa. "Pero como todos me tienen un poco de miedo, termino haciendo ruido igual, solo para que alguien se acuerde de mí."

Por suerte, algunos pájaros mensajeros, en especial los más valientes, han aprendido a visitarlo seguido, y Tronido, cuando se siente acompañado, guarda sus rayos más fuertes para cuando realmente hacen falta.

Escarcha, la Weather de las heladas

Prima lejana de Copo, Escarcha se encarga de esas mañanas frías donde el pasto amanece cubierto de una capa blanca y crujiente, esa escarcha que hace ruido bajo los zapatos y que dibuja formas curiosas, como helechos diminutos, sobre los vidrios de las ventanas. Su estrella está siempre un poco apartada de las demás, en el borde más frío del cielo, y brilla con una luz plateada y silenciosa, casi tímida.

Es reservada, madrugadora, y le gusta trabajar antes de que salga el sol, para que su helada esté lista cuando los niños se despierten, como si quisiera dejar un regalo hecho a escondidas antes de que nadie la vea trabajar. Habla poco, y cuando lo hace, su voz suena crujiente, como si las palabras mismas se congelaran un poquito al salir de su boca.

Cuando algo la entristece, su helada se vuelve más dura y más fría de lo normal, capaz de dañar las plantas más delicadas, y entonces Escarcha se retira todavía más a su rincón del cielo, avergonzada de haber hecho daño sin querer, lo cual, lamentablemente, la pone todavía más triste.

"Yo solo quiero decorar el mundo un poquito, antes de que todos se despierten", susurra Escarcha, con esa voz suya que suena a vidrio fino. "No quiero lastimar nada. Pero cuando estoy triste, no sé cómo hacer para que el frío sea suave."

Los pájaros mensajeros que la visitan suelen hacerlo también muy temprano, en el mismo silencio en que ella trabaja, para no sobresaltarla, y le llevan las noticias con la misma delicadeza con la que ella dibuja sus helechos de escarcha sobre los vidrios.

Muchos cielos, muchas estrellas

Estos son solo algunos de los Weathers que habitan el cielo. Hay muchos más, cada uno con su estrella, su fenómeno y su forma particular de sentir: Weathers de la llovizna tímida, del rocío madrugador, de las nubes que solo forman figuras, del calor húmedo de las tardes de verano. Algunos apenas se conocen entre sí, porque viven en extremos opuestos del firmamento; otros, en cambio, son vecinos de toda la vida, y se visitan seguido, se prestan una taza de nube o se cuentan secretos de estrella a estrella.

Lo que todos comparten, sin excepción, es esa curiosa manera de ser: el clima y el corazón, en ellos, son la misma cosa. Por eso, cuando un niño mira al cielo y ve que llueve, o que nieva, o que brilla el sol con una fuerza especial, en realidad está viendo, sin saberlo, el corazón de algún

Weather, expuesto ahí arriba para que todo el mundo lo vea.

Pero para entender cómo llegan hasta ellos los pedidos de los niños —esos deseos de un día de nieve para no ir a la escuela, o de sol para el cumpleaños, o de lluvia para no tener que regar las plantas—, hace falta conocer a los mensajeros: los diez pájaros que vuelan entre los dos mundos, llevando en el pico las palabras exactas de cada pedido, con la enorme responsabilidad de no equivocarse ni una sola letra.

Los diez pájaros mensajeros

Entre la Tierra y el cielo de los Weathers hay un camino que nadie puede ver a simple vista, pero que existe tan de verdad como cualquier sendero de piedras o cualquier río. Por ese camino invisible vuelan diez pájaros, siempre ocupados, siempre en movimiento, llevando y trayendo los pedidos de los niños. Suben tan alto que dejan atrás las copas de los árboles, después los techos de las casas, después las nubes bajas y las nubes altas, hasta llegar a ese cielo segundo donde cada Weather vive en su propia estrella, esperando noticias del mundo de abajo.

No son pájaros comunes. Pueden volar más alto que cualquier otra ave, atravesar nubes sin mojarse las plumas, y entienden el lenguaje de los niños igual que

entienden el crujido de las estrellas cuando están por cambiar de humor. Si un niño susurra un pedido bajito, con la cara escondida entre las manos, ellos lo escuchan igual. Si lo grita a los cuatro vientos desde la cima de una colina, también lo escuchan, aunque a veces preferirían no hacerlo, porque los gritos despeinan.

Pero, como cualquiera que hace un trabajo importante, cada uno de estos diez pájaros tiene sus propias costumbres, sus propias mañas, sus propias maneras de equivocarse y de acertar. Algunos ayudan más de lo que se imaginan. Otros, sin querer, complican las cosas de un modo que después, contado junto al fuego, hace reír a todo el que escucha. Conozcámoslos, uno por uno, con calma, porque cada historia merece su tiempo.

Pico Fino, el más veloz

Pico Fino es un pájaro pequeño y aerodinámico, de plumas grises tan pegadas al cuerpo que parece tallado por el viento mismo. Cuando despliega las alas no se escucha ni un aleteo, solo un silbido fino, como el de una flecha que corta el aire. Puede cruzar medio cielo en un abrir y cerrar de ojos, y por eso es al que siempre llaman cuando un pedido no puede esperar ni un segundo más.

—¡Pico Fino, rápido! —le gritó una vez un niño llamado Amaru, parado en el balcón de su casa con los pies descalzos sobre las baldosas frías—. ¡Mi abuela quiere ver la lluvia antes de que se ponga el sol, dile a Doria que

apure...!

Pico Fino ya había salido disparado antes de que Amaru terminara la frase. Voló tan veloz que atravesó tres nubes y un banco de niebla sin despeinarse, y llegó a la estrella de Doria en un tiempo récord. Pero cuando abrió el pico para hablar, se dio cuenta, con un poco de vergüenza, de que solo tenía la mitad del mensaje guardado en la cabeza.

—Doria, un niño quiere lluvia antes de... —y ahí se quedó, parpadeando, sin saber si era antes del almuerzo, antes de dormir o antes del sol.

Esa es la gran virtud de Pico Fino, ningún pedido urgente se demora si él lo lleva, pero también su defecto más conocido: a veces vuela tan rápido que llega antes de terminar de escuchar el mensaje completo, y entrega solo la mitad, dejando al Weather de turno con más preguntas que certezas.

Chirimía, la que repite todo dos veces

Chirimía es un pájaro redondito, de plumas color canela, con una vocecita cantarina que a todos les resulta simpática desde la primera vez que la escuchan. Tiene la costumbre de decir cada mensaje dos veces seguidas, sin pausa entre una y otra, "para que quede bien claro", según explica ella misma con mucho orgullo, esponjando el pecho.

—¡Copo, un niño de la montaña quiere nieve para armar un muñeco! ¡Copo, un niño de la montaña quiere nieve para armar un muñeco! —repitió una tarde, parada en el borde de la estrella nevada, sacudiendo la cabeza con firmeza al final de cada frase, como para sellar el mensaje.

Esto suele ser útil, porque si el Weather no entendió a la primera, tiene una segunda oportunidad para escuchar bien, sin tener que pedir que se lo repitan. El problema es que, alguna vez, algún Weather distraído —quizás Copo, quizás otro— entendió que se trataba de dos pedidos distintos, dos niños diferentes que querían lo mismo, y entonces hizo el doble de lo que le habían pedido: en vez de un poco de nieve, cayó tanta que el pueblo entero quedó blanco hasta el techo de las casas, y los muñecos de nieve, ese año, fueron más grandes que las puertas.

Plumón, el distraído

Plumón es el pájaro más soñador de los diez, con plumas suaves y esponjosas que parecen hechas de nube auténtica. Vuela con el mensaje sostenido con cuidado en el pico, decidido a cumplir con su tarea, pero en el camino algo siempre lo distrae: una mariposa de alas anaranjadas que cruza su ruta, una nube con forma de conejo o de barco, el reflejo dorado del atardecer sobre un lago. Entonces se detiene a mirar, y mirar, y mirar un poco más, olvidando por completo que lleva algo importante en el pico.

Una vez, un niño llamado Tobías le pidió sol para su cumpleaños, un sol fuerte que calentara la torta recién horneada puesta a enfriar en la ventana. Plumón partió con el mensaje bien guardado, pero a mitad de camino se cruzó con otro pájaro que llevaba un pedido de niebla para una niña que quería jugar a las escondidas entre nubes bajas. Plumón se quedó escuchando ese segundo mensaje con tanta atención que, al llegar frente a Solmar, mezcló las dos cosas.

—Eh... Solmar... un niño quiere un sol... como envuelto en niebla, creo... o tal vez era al revés —dijo, rascándose la cabeza con una pata, completamente confundido.

A veces llega tarde. A veces, peor todavía, mezcla el pedido de un niño con el de otro que escuchó de casualidad en el camino, y entonces el cielo amanece con una combinación que nadie pidió, pero que, hay que decirlo, en ocasiones resulta hermosa por accidente.

Tintín, el tímido

Tintín es un pájaro pequeño de plumas azuladas, tan tímido que habla en un volumen apenas audible, casi un susurro entre susurros, incluso cuando llega frente al Weather correspondiente y tiene toda su atención. Baja la cabeza, mira de reojo, y sus palabras salen tan bajitas que parecen quedarse pegadas al viento antes de llegar a destino.

—Escarcha... un niño... quiere que sus ventanas se cubran... de dibujos de hielo... para su cumpleaños —murmuró una vez, con la voz temblando como una hoja en otoño.

Muchas veces el Weather debe inclinarse, acercar el oído, y pedirle que repita, por favor, un poquito más fuerte. Y en esa repetición, apurado por los nervios y la vergüenza de tener que hablar dos veces, Tintín cambia alguna palabra sin darse cuenta: donde decía "ventanas" puede decir "puertas", donde decía "dibujos" puede decir "flores". Los demás pájaros lo tratan con mucha paciencia, porque saben que, en el fondo, Tintín tiene un corazón enorme escondido dentro de ese cuerpito diminuto, y que algún día, cuando pierda un poco el miedo, será un mensajero espléndido.

Ala de Bronce, el más sabio

Ala de Bronce es el mayor de los diez, un pájaro grande de plumas color metal cálido, que brillan un poco distinto según la luz del día. Es también el más confiable de todos. Vuela sin apuro, con movimientos calmos y seguros, escucha cada mensaje con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada, prestando atención a cada palabra, cada pausa, cada suspiro del niño que pide.

—Cuéntame otra vez, despacio, para estar seguro de haberlo entendido bien —suele decir, con una voz grave y tranquila que da mucha confianza.

Entrega los mensajes casi siempre perfectos, palabra por palabra, y por eso los demás pájaros lo admiran profundamente. Cuando tienen dudas sobre cómo actuar, o cuando un mensaje les resulta confuso, acuden a él antes de emprender vuelo, y Ala de Bronce nunca se cansa de aconsejar, de explicar, de acompañar con paciencia a los más jóvenes como Pluma Chica. Su única limitación, la que a veces lo agota un poco al final del día, es que, al ser el más solicitado de todos, no da abasto con tantos pedidos, y tiene que elegir con cuidado cuáles atender él mismo y cuáles confiar a sus compañeros.

Cascabela, la que escucha mal

Cascabela es un pájaro alegre, de plumas moteadas y ojos brillantes como cuentas de vidrio, con un oído travieso que le juega bromas todo el tiempo. Confunde palabras que suenan parecido, aunque signifiquen cosas completamente distintas: "llueva" con "nueve", "sol" con "col", "frío" con "río", "viento" con "ciento".

Una vez, una niña le pidió, entre risas, "un poco de frío para tomar chocolate caliente", y Cascabela, agitando las alas con entusiasmo, voló directo hacia Doria.

—¡Doria! ¡Un río, dice la niña, quiere un río para tomar chocolate! —anunció, muy convencida de haber entendido perfecto.

Doria, desconcertada, no sabía muy bien cómo hacer aparecer un río de la nada, y tuvo que mandar llamar a Ala de Bronce para que aclarara el enredo. Sus errores suelen ser los más divertidos de contar después, junto al fuego, entre risas de todos los pájaros reunidos, aunque en el momento mismo del error provocan más de un dolor de cabeza entre los Weathers, que no siempre encuentran tan gracioso tener que deshacer un río instantáneo.

Trino Largo, el que agrega detalles

Trino Largo es un pájaro de cola larguísima, llena de plumas de colores que se agitan con cada movimiento, y una imaginación tan grande como su cola. No puede evitar decorar cada mensaje con detalles que el niño jamás dijo, convencido de que así el pedido queda más completo, más bonito.

Si un niño pide, simplemente, "un poco de lluvia para mojar el jardín", Trino Largo puede agregar, sin darse cuenta de que está inventando:

—Tronido, un niño quiere un poco de lluvia... con truenos suaves de fondo, y quizás, para cerrar con broche de oro, un arcoíris al final, bien grande, con los siete colores bien marcados...

Tronido, encantado con la idea de participar, se pone a retumbar con entusiasmo, e Iris, que escucha todo desde su estrella vecina, empieza a preparar sus colores sin que

nadie se lo haya pedido en realidad. Así, un pedido sencillo se transforma en todo un espectáculo, inventado casi por completo por la imaginación desbordante de Trino Largo, que jamás lo hace con mala intención, sino porque de verdad cree que está mejorando el mensaje original.

Pluma Chica, la más pequeña

Pluma Chica es diminuta y tierna, apenas más grande que una hoja seca, con plumas suaves de color crema que todavía no han terminado de crecer del todo. Es la más joven de los diez, y todavía está aprendiendo el oficio, paso a paso, con la ayuda paciente de Ala de Bronce.

Se pone tan nerviosa frente a los Weathers más grandes, como Tronido con su voz de trueno o Escarcha con su mirada helada, que a veces el pico le tiembla y olvida partes enteras del mensaje que traía preparado con tanto cuidado.

—Yo... esto... un niño... —tartamudeó una vez frente a Escarcha, que la miraba fijo esperando el resto de la frase, y Pluma Chica, del susto, salió volando sin terminar de decir nada, dejando a Escarcha esperando en vano.

Los demás pájaros la consuelan cuando eso pasa, le recuerdan que todos, alguna vez, empezaron igual de nerviosos, y le aseguran, con mucho cariño, que con el tiempo promete convertirse en una mensajera extraordinaria, tal vez la mejor de todas, cuando pierda un

poco el miedo y encuentre su propia voz.

Gorjeo, el que canta los mensajes

Gorjeo tiene una voz tan hermosa que parece hecha de agua y de luz al mismo tiempo, y no puede evitar convertir cada mensaje en una canción, con melodía propia, subidas y bajadas, como si cada pedido mereciera su propia música.

—Brisalio, Brisalio, escucha mi cantar, un niño pide viento para su barco navegar... —entonaba una vez, con los ojos cerrados y el pecho inflado de emoción, mientras Brisalio escuchaba embelesado desde su estrella.

Esto encanta a algunos Weathers, que disfrutan mucho escuchar sus pedidos convertidos en melodía, y hasta le piden que repita la canción una vez más antes de ponerse manos a la obra. Pero a veces, para que la rima funcione, para que las palabras encajen bien con la música, Gorjeo cambia alguna palabra por otra parecida que suene mejor, y el sentido del pedido se transforma un poco sin que él lo note, todo por el amor que le tiene a una buena rima.

Andarríos, el de los ríos y mares

Andarríos vuela siempre cerca del agua, con plumas de un azul verdoso que brillan como escamas cuando les da el sol, y es el especialista en mensajes que vienen de niños que juegan junto a ríos, lagos o playas. Conoce cada recodo del agua, cada ola, cada corriente, y suele hacer un

trabajo excelente, entregando los pedidos de esos niños con precisión y cariño.

Pero tiene una debilidad enorme: los peces. Si ve uno saltando fuera del agua, plateado y brillante bajo el sol, es capaz de distraerse tanto que se queda mirando fijo, con el pico entreabierto, olvidando buena parte de lo que tenía que decir.

—Nebula, un niño de la playa quiere... eh... espera, ¿viste ese pez? Saltó altísimo... ¿qué era lo que quería el niño?
—murmuraba una vez, rascándose la cabeza, mientras Nebula esperaba pacientemente a que Andarriós terminara de recordar.

*Diez pájaros, diez maneras distintas de escuchar el mundo.
Ninguno es perfecto. Todos, a su manera, hacen lo posible.*

Y así, entre vuelos veloces y distracciones, entre susurros tímidos y canciones improvisadas, los diez pájaros mensajeros siguen cruzando el cielo, día tras día, llevando los sueños de los niños hasta las estrellas donde viven los Weathers. Porque, al final, no se necesita ser perfecto para hacer un trabajo importante. Solo se necesita, como ellos, seguir intentándolo, una y otra vez, con el corazón puesto en cada vuelo.

De la boca de un niño a la estrella de un Weather

Para entender cómo funciona todo este sistema, conviene seguir el camino completo de un pedido, desde que nace en la boca de un niño hasta que se convierte en clima real sobre su cabeza. Es un camino corto en el mapa —apenas unos kilómetros hacia arriba— pero larguísimo si se cuenta en aleteos, en nubes atravesadas y en la cantidad de cosas que pueden salir bien o torcerse por el camino.

El momento del pedido

Todo empieza en un instante muy simple: un niño mira el cielo y dice algo. Puede ser una frase completa, como "ojalá llueva mañana para no tener que regar las plantas", o puede ser apenas un deseo susurrado, como "qué lindo sería un poco de nieve". A veces el pedido sale disfrazado de queja, como cuando un niño refunfuña "otra vez este sol horrible, quiero que se nuble un rato". A veces sale disfrazado de broma, como cuando alguien le dice a su amigo "te apuesto a que mañana cae una tormenta bien fea" solo para hacerlo dudar antes de un partido de fútbol. Y a veces, el pedido ni siquiera tiene forma de frase: es apenas un suspiro mirando las nubes, un "ojalá" que se queda flotando sin terminar de decirse.

Los niños no siempre saben que están pidiendo algo. Muchas veces piensan que solo están hablando solos, o jugando, o soñando despiertos con la nariz pegada a la ventana del auto o del colectivo. Algunos lo dicen mientras juegan a la pelota en el patio, otros lo susurran desde la

cama, justo antes de dormirse, con la voz ya medio perdida entre las sábanas. Hay quienes lo gritan con todas sus fuerzas desde la terraza, como si el cielo fuera sordo y necesitara que le hablaran fuerte. Y hay quienes apenas lo piensan, tan flojito que ni ellos mismos podrían jurar que lo dijeron en voz alta.

Pero los pájaros mensajeros están siempre atentos, posados en las ramas de los árboles cercanos, en los cables de luz que cruzan las calles como pentagramas, en los aleros de las casas, entre las macetas de los balcones, en la punta de las antenas viejas que ya nadie usa para la televisión. Esperan justamente esos momentos, con las plumas quietas y el pico apenas entreabierto, como quien aguza el oído sin que se note.

La escucha del pájaro

Cuando un pájaro escucha un pedido, hace una pequeña ceremonia interna, distinta según su carácter. Ala de Bronce cierra los ojos un instante para grabarse cada palabra, como si las guardara una por una en un cofrecito invisible que lleva bajo el ala; jamás se le escapa una coma, y por eso es de los pájaros más confiables de todos. Cascabela ladea la cabeza, concentrada, con las plumas del cuello un poco erizadas por el esfuerzo, aunque eso no siempre evite sus confusiones —porque una cosa es querer prestar atención y otra muy distinta es lograrlo, sobre todo si justo en ese momento pasa volando una mariposa

demasiado brillante—. Plumón intenta prestar atención, aunque su mente ya esté volando hacia otra cosa, generalmente hacia una nube con forma de algo delicioso o hacia el recuerdo de una siesta pendiente.

Pico Fino, en cambio, tiene la costumbre de repetir el pedido por lo bajo, moviendo el pico sin hacer ruido, como si lo masticara despacio antes de tragárselo entero. Tintín lo tararea, convirtiendo cada pedido en una especie de cancioncita de dos o tres notas, algo que lo ayuda a no olvidarlo, aunque a veces termina cantando la melodía y olvidando la letra. Chirimía, que es el más nervioso de los diez, suele picotear tres veces la rama antes de salir volando, como si necesitara ese golpecito para asegurarse de que el mensaje quedó bien guardado. Trino Largo estira el cuello hacia el cielo apenas termina de escuchar, como saludando de antemano a la estrella que va a visitar. Pluma Chica, la más pequeña de todos, cierra fuerte los ojitos y aprieta las patas contra la rama, concentradísima, con una seriedad que da un poco de ternura. Gorjeo silba bajito una sola vez, como para probarse a sí mismo que puede repetir el pedido sin trabarse. Y Andarrios, que es de patas largas y paso tranquilo, camina un par de veces sobre la rama antes de decidirse a volar, como si necesitara pensar el trayecto con el cuerpo antes que con la cabeza.

Una vez que el pedido queda grabado —bien o mal, completo o a medias— el pájaro elegido (a veces se turnan, a veces el más cercano toma la tarea, y a veces hasta se pelean amistosamente por ver quién vuela esta vez) emprende vuelo hacia arriba, atravesando capas de nubes que van cambiando de temperatura y de color: primero las nubes bajas, gordas y grises, que huelen a tierra mojada y a pasto recién cortado; después las nubes medianas, esponjosas como algodón de azúcar, que se deshacen apenas se las toca con la punta del ala; y por último las nubes altas, delgaditas como hilos de humo, tan frías que el aliento del pájaro se convierte en una nubecita propia, diminuta, que se pierde enseguida en el aire helado.

Deja atrás pájaros comunes que jamás podrían llegar tan alto —gorriones, palomas, horneros que se quedan abajo mirando con asombro esa mancha de plumas que se pierde entre las nubes—, hasta que la Tierra queda pequeñita abajo, apenas un dibujo de manchas verdes, azules y marrones, y las estrellas empiezan a brillar más cerca, más grandes, más despiertas, como si también ellas supieran que se acerca un mensajero.

El vuelo entre las estrellas

El cielo de noche, visto así, tan de cerca, no se parece en nada al que se ve desde una plaza o desde la ventana de un dormitorio. Las estrellas ya no son puntitos: son ventanas redondas con luz propia, algunas encendidas con un

resplandor cálido y anaranjado, otras con un brillo azulado y frío, otras que titilan como si alguien adentro estuviera moviéndose de un lado a otro. El aire entre estrella y estrella no tiene el mismo silencio de siempre: hay un zumbido suave, parecido al que se escucha si uno pone la oreja contra un caracol, y de vez en cuando se escucha, lejana, una risa, o un trueno de juguete, o el repiqueteo de una lluvia que todavía no cayó.

Los pájaros conocen ese cielo de memoria, aunque nunca lo hayan estudiado en ningún libro: saben doblar a la izquierda en la nube con forma de barco, saben esquivar la corriente de aire helado que sopla siempre cerca de la estrella de Escarcha, saben que si vuelan demasiado cerca de la estrella de Tronido conviene apurar el aleteo, porque ahí el aire vibra con la promesa de un rayo.

La entrega del mensaje

Cada pájaro sabe, casi por instinto, a qué estrella dirigirse según el tipo de pedido: si se trata de lluvia, vuela hacia la estrella de Doria, que brilla con una luz gris azulada, húmeda, como si estuviera siempre a punto de llorar de alegría; si se trata de viento, hacia la de Brisalio, cuya estrella parece temblar un poquito, inquieta, como si ya estuviera moviéndose antes de que llegue el mensaje; si se trata de sol, hacia la de Solmar, tan dorada y cálida que a veces los pájaros entrecierran los ojos apenas se acercan; si se trata de nieve, hacia la de Copo, blanquísima y

silenciosa, rodeada de un frío que se siente hasta en las plumas; si se trata de niebla, hacia la de Nébula, que apenas se distingue entre la bruma que la envuelve, como si jugara a las escondidas con quien la busca; si se trata de arcoíris, hacia la de Iris, que cambia de color según el ángulo desde el que se la mire; si se trata de tormenta, hacia la de Tronido, que retumba bajito incluso cuando está en calma; y si se trata de heladas, hacia la de Escarcha, que brilla con un resplandor filoso, como escarcha de verdad sobre un vidrio.

Al llegar, el pájaro golpea suavemente con el pico la ventana redonda —tac, tac, tac, tres golpecitos apenas, ni uno más— y el Weather correspondiente la abre para escuchar, todavía con cara de sueño si es de noche, o con las manos llenas de la tarea que estuviera haciendo en ese momento: Doria puede abrir la ventana con las manos mojadas, como si acabara de jugar con agua; Solmar puede abrirla dejando escapar un poco de calorcito, como cuando se abre el horno; Copo puede abrirla soltando un puñadito de copos que se derriten apenas tocan el aire tibio del pájaro.

Es en ese momento, justo ahí, donde puede pasar de todo: que el mensaje llegue perfecto y el fenómeno salga hermoso, exactamente como lo soñó el niño que lo pidió, o que algo se haya perdido en el camino —una palabra cambiada, una idea a medias, un "un poco" que se

convirtió en "mucho"— y el resultado sea una sorpresa, para bien o para mal. A veces esas sorpresas son divertidas, como una lluvia que cae solamente sobre el patio de una casa y en ningún otro lugar de la cuadra. Y a veces son un problema de verdad, como una tormenta que llega furiosa cuando apenas se había pedido un poco de brisa fresca.

Entre lo que un niño desea y lo que el cielo entrega, siempre hay un pájaro en el medio. Y un pájaro, por más mágico que sea, sigue siendo un pájaro.

Por eso, dicen los que saben, conviene pedir las cosas con claridad, despacio, y de ser posible, mirando bien hacia arriba, para que ningún pájaro se distraiga justo en el momento importante.

En los próximos capítulos vamos a ver, uno por uno, seis pedidos distintos, hechos por seis niños distintos, en seis lugares distintos del mundo, y todo lo que ocurrió después: los aciertos, los enredos, las risas y algún que otro cielo que terminó siendo, por un ratito, muy distinto de lo que cualquiera hubiera imaginado.

El pedido de Tomás y la nieve que no paraba

Era una tarde de otoño, de esas en las que el aire empieza a cortar un poco y las hojas caen sin apuro sobre las

veredas, girando como si no tuvieran ninguna prisa por llegar al suelo. Olía a hojas mojadas y a leña encendida en alguna chimenea lejana, ese olor que anuncia que el frío de verdad ya viene en camino. Tomás, un niño de manos siempre frías y bufanda siempre puesta —una bufanda a rayas verdes que su abuela le había tejido el invierno anterior—, miraba por la ventana de su cuarto mientras hacía la tarea. Tenía el cuaderno abierto en una página de sumas que no terminaba de convencerlo, y el lápiz quieto entre los dedos, como esperando también él una señal del cielo.

Afuera, el viento zarandeaba las ramas del árbol de la vereda, y una hoja amarilla se pegó un instante al vidrio antes de salir volando otra vez. Tomás la siguió con la mirada hasta que desapareció, y entonces suspiró, con ese suspiro largo y pesado que solo se les escapa a los niños cuando llevan un rato pensando en algo:

—Ojalá nieve mañana. Así no hay clases.

Lo dijo casi en broma, sin pensar demasiado, apoyando la barbilla sobre los brazos cruzados encima del cuaderno. Pero lo dijo con ganas, con esa clase de deseo que sale del pecho aunque uno crea que solo está hablando por hablar. Y esas ganas, aunque Tomás no lo supiera, tenían un peso propio, un peso que viajaba por el aire como si fuera una semilla liviana buscando dónde caer.

Pico Fino, que pasaba justo por ahí —volando bajito entre los cables de luz y las copas de los árboles, como acostumbraba hacer al final de cada tarde, cuando los pedidos de los niños empezaban a salir de las ventanas como burbujas invisibles—, escuchó el pedido completo. Para variar, esa vez llegó justo a tiempo de oírlo entero, sin perderse ni una palabra, algo que no siempre lograba, porque Pico Fino era rápido, tal vez el más rápido de los diez pájaros mensajeros, pero esa misma velocidad a veces le jugaba en contra: llegaba, escuchaba a medias, y salía disparado antes de estar seguro de haber entendido bien.

Esta vez no. Esta vez el pedido entró completo en sus oídos pequeños y redondos, y Pico Fino sintió ese cosquilleo en las plumas que sentía siempre que un deseo era sincero de verdad. Batió las alas con fuerza y emprendió vuelo hacia el cielo con la velocidad que lo caracteriza. Cruzó las nubes en un parpadeo, dejando una estela apenas visible, como un hilito de plata en el aire gris de la tarde. Atravesó capas y capas de aire cada vez más frío, capas que le helaban las plumas del pecho y le hacían silbar el pico, y llegó a la estrella de Copo antes de que Tomás hubiera terminado de guardar sus útiles en la mochila.

Un Weather con el corazón apurado

La estrella de Copo era, según decían los otros Weathers, la más silenciosa de todas. Estaba cubierta de una

escarcha suave que brillaba como azúcar bajo una luz que nunca era demasiado fuerte ni demasiado tenue, y en ella flotaban, ordenados en hileras perfectas, miles y miles de copos de nieve esperando su turno para caer sobre el mundo. Copo tenía la costumbre de acomodarlos uno por uno, con una paciencia que parecía infinita, calculando cuántos hacían falta para cada ciudad, para cada pueblo, para cada techo que necesitaba un poco de blanco.

El problema no estuvo en el mensaje, esta vez, sino en la velocidad con la que llegó. Pico Fino golpeó la ventana con tanta prisa, con las alas todavía vibrando por el vuelo, que Copo, que justo estaba acomodando con calma sus copos de nieve para el día siguiente, se sobresaltó tanto que dejó caer al piso de su estrella un puñado entero, que se hizo trizas como si fueran de vidrio fino.

—¡Nieve, nieve mañana, un niño llamado Tomás lo pidió, lo pidió con muchas ganas! —dijo Pico Fino, todo de un tirón, sin respirar, con las plumas todavía erizadas por el frío del viaje.

Copo, sobresaltado y todavía con el corazón acelerado por el susto —porque los Weathers también tienen corazón, aunque esté hecho de otra cosa, de nube o de escarcha o de luz de estrella—, no alcanzó a medir bien el pedido en su balanza invisible, esa balanza secreta que todos los Weathers llevan dentro y que sirve para saber cuánto clima hace falta soltar. Sintió las ganas de Tomás, tan

grandes, tan sinceras, tan cargadas de ilusión de niño que no quiere ir a la escuela, y sin darse cuenta las multiplicó, como quien ve una sombra en la oscuridad y la imagina mucho más grande de lo que realmente es.

—¿Mañana? —preguntó Copo, con la voz todavía temblorosa—. ¿Solo mañana?

Pero Pico Fino, apurado como siempre, ya había dado media vuelta para seguir con el resto de sus recados de la tarde, y no llegó a confirmarlo. Copo se quedó solo, con el corazón todavía latiéndole fuerte, y con esa sensación pegajosa de no haber entendido del todo, pero sin tiempo —o sin calma— para pensarlo dos veces.

Abrió entonces la ventana de su estrella, una ventana enorme hecha de hielo transparente que daba directamente hacia la Tierra, y soltó toda la nieve que tenía guardada. No soltó apenas la de un día, como debía, sino casi la de una semana entera, todos esos copos que había estado acomodando con tanto cuidado, todos cayendo juntos, apurados, en cascada, como si el cielo entero se hubiera decidido a vaciarse de una sola vez.

La nevada que sorprendió a todo un pueblo

Esa noche, mientras Tomás dormía profundo bajo su edredón, soñando quizás con trineos y guerras de bolas de nieve, el cielo sobre su pueblo se fue cubriendo de un gris espeso, cargado, distinto al de cualquier otra noche de

otoño. Los pocos vecinos que todavía estaban despiertos, mirando la televisión o tomando un té antes de dormir, notaron que algo raro pasaba: copos gruesos empezaron a caer sin parar, uno tras otro, sin ninguna pausa, cubriendo en minutos lo que normalmente hubiera tardado horas en cubrirse.

A la mañana siguiente, Tomás se despertó con un brillo blanco distinto en su ventana, un brillo que se colaba por los bordes de la cortina y le pintaba el techo de reflejos plateados. Se frotó los ojos, todavía medio dormido, y corrió descalzo hasta el vidrio. No podía creerlo: la calle, los techos, los árboles, todo estaba cubierto de una nieve altísima, más alta que la que había visto nunca, tan alta que el buzón de la entrada apenas asomaba su tapa roja entre tanto blanco.

—¡Mamá, mamá, ven a ver! —gritó, con la voz quebrada de la emoción, pegando la nariz al vidrio helado.

No hubo clases, es cierto —eso lo alegró muchísimo, tanto que dio dos vueltas saltando sobre la cama—, pero tampoco pudieron salir fácilmente de las casas. La puerta principal se trabó contra un montículo de nieve que llegaba casi hasta el picaporte, y el papá de Tomás tuvo que empujar con el hombro varias veces hasta abrirla apenas una rendija. Los autos quedaron atrapados en la calle, convertidos en bultos blancos irreconocibles, y varios vecinos tuvieron que salir con palas, envueltos en

gorros y guantes gruesos, para abrir camino hasta la puerta, resoplando nubecitas de vaho con cada paletada.

—Nunca había visto nevar así —comentaba don Ernesto, el vecino de la esquina, apoyado en su pala con la respiración entrecortada—. Esto no es normal, para nada.

Y tenía razón, aunque él no pudiera saberlo: en el cielo, muy por encima de las nubes, alguien estaba mirando todo aquello con las mejillas ardiendo de vergüenza, aunque sus mejillas estuvieran hechas de hielo.

El corazón apurado se calma

Desde su estrella, Copo miraba la Tierra con las mejillas heladas de la vergüenza, tan heladas que le dolían de una manera extraña, como si el frío que él mismo producía se le hubiera devuelto. Veía a los vecinos con sus palas, veía los autos hundidos hasta la mitad, veía a Tomás asomado a la ventana con una sonrisa enorme que no alcanzaba a calmarle del todo la culpa. Se había excedido, y lo sabía. Lo había sabido apenas terminó de soltar el último copo, cuando ya era demasiado tarde para detenerse.

Esa tarde, cuando el sol se puso detrás de las montañas de nubes y el cielo se tiñó de un naranja profundo, Copo se acercó volando —o mejor dicho, deslizándose, porque los Weathers no siempre vuelan como los pájaros, a veces se mueven como si el aire mismo los llevara— hasta la estrella de Escarcha, su prima, para contarle lo sucedido.

La estrella de Escarcha era más pequeña que la suya, cubierta de agujas de hielo finísimas que tintineaban suavemente con cada movimiento, como una campanita silenciosa.

—Me asusté —le confesó, sentándose junto a ella sobre un banco de hielo pulido—. El pájaro llegó tan rápido que no pude pensar con calma, y solté más de lo que debía. Ahora hay gente allá abajo con palas, tratando de salir de sus casas, y todo por mi culpa.

Escarcha lo escuchó con paciencia, sin interrumpirlo, dejando que Copo terminara de sacarse todo ese peso del pecho. Cuando por fin se quedó callado, mirándose las manos como si en ellas pudiera encontrar alguna respuesta, Escarcha le puso una mano fría y firme sobre el hombro y le dijo algo que Copo nunca olvidó:

"No es tu culpa sentirte apurado. Pero la próxima vez, respira antes de abrir la ventana."

Copo se quedó pensando en esas palabras un largo rato, mientras las estrellas vecinas empezaban a encenderse una por una en el cielo oscuro. Respirar antes de abrir la ventana. Parecía tan simple dicho así, y sin embargo era justo eso lo que le había faltado: ese instante pequeño, ese respiro, para escuchar bien el pedido y medir con calma cuánta nieve hacía falta de verdad.

—Gracias, prima —le dijo por fin, con una sonrisa tímida asomando entre la vergüenza—. La próxima vez, prometo respirar.

El muñeco de nieve más grande del barrio

Al día siguiente, cuando el sol de Solmar por fin se asomó con más fuerza y la nieve empezó a derretirse poco a poco, formando charcos brillantes en las esquinas y goteando desde los techos como si el pueblo entero llorara de alegría, Tomás y sus amigos aprovecharon los últimos montones grandes de nieve para hacer un muñeco gigante, el más grande que se había visto en el barrio.

Trabajaron toda la mañana, con las manos rojas de frío a pesar de los guantes, empujando bolas de nieve cada vez más grandes por la vereda hasta que apenas podían moverlas entre cuatro. Le pusieron una zanahoria torcida de nariz, dos piedras negras de ojos, y una vieja bufanda roja que la mamá de uno de los chicos ya no usaba. El muñeco quedó tan alto que Tomás tuvo que subirse a una silla para ponerle el sombrero, y cuando por fin terminaron, todos se quedaron parados alrededor, mirándolo con esa mezcla de orgullo y cansancio que dejan las cosas bien hechas.

—Parece un gigante —dijo uno de los amigos de Tomás, riendo y sacudiéndose la nieve de los pantalones.

—El gigante más blanco del mundo —agregó Tomás, todavía con las mejillas coloradas por el frío y por la risa.

Así que, aunque el pedido había salido con exceso, y aunque allá arriba un Weather con el corazón apurado había aprendido una lección importante sobre respirar antes de actuar, algo bonito también quedó de todo eso en la Tierra: una anécdota que los niños del pueblo contarían por años, entre risas, alrededor de una mesa o antes de dormir, sobre aquella nevada que casi no los dejaba salir de sus casas, y sobre el muñeco de nieve gigante que se derretió lentamente durante toda una semana, como si no quisiera despedirse todavía del pueblo que lo había visto nacer.

El pedido de Valentina y el viento que se volvió tornado

Valentina vivía cerca del mar, en una casa de paredes blancas con vista a la playa, donde por las mañanas el aire olía a sal y a algas tibias, y por las tardes las gaviotas graznaban como si contaran chismes desde el cielo. Tenía una cometa nueva, de color amarillo brillante como una yema de huevo, con una cola larguísima hecha de retazos de tela que su abuelo había cosido uno por uno, con paciencia de quien ha hecho muchas cometas en su vida. Se la había regalado la semana anterior, envuelta en papel

de diario, y desde entonces Valentina la guardaba con cuidado detrás de la puerta de su cuarto, esperando el día perfecto para hacerla volar.

Esa tarde de primavera, el cielo estaba despejado y de un celeste tan limpio que parecía recién pintado, pero casi no soplaba viento. Las palmeras del paseo marítimo apenas se movían, y las olas llegaban a la orilla con una pereza tranquila, sin apuro por romperse en la arena. Valentina corrió descalza hasta la playa con la cometa bajo el brazo, sintiendo la arena tibia entre los dedos de los pies, y se detuvo justo en la orilla, donde el agua le mojaba los tobillos.

Miró el cielo, entrecerrando los ojos por el sol, y suspiró.

—Quiero un poco de viento —dijo, mientras desenrollaba el hilo con cuidado, dejando que se deslizara entre sus dedos—. Solo un poquito, para que mi cometa vuele.

Lo dijo en voz baja, casi como un secreto entre ella y el cielo, sin saber que alguien la había escuchado.

Andarrios, el más curioso de los diez pájaros mensajeros, sobrevolaba justo esa playa buscando pedidos cerca del agua, como hacía casi todas las tardes. Tenía las plumas de un gris azulado que combinaba bien con el mar, y unas patas larguísimas que usaba para caminar por la orilla cuando quería escuchar mejor los deseos de los niños. Escuchó el pedido de Valentina con toda claridad al

principio: "un poco de viento", "solo un poquito". Las palabras quedaron guardadas en su memoria, tan claras como el sonido de las olas.

Pero, justo cuando emprendía vuelo hacia arriba, hacia las nubes bajas que lo separaban del cielo de las estrellas, algo llamó su atención: un banco de peces plateados que saltaban fuera del agua, uno tras otro, brillando como monedas lanzadas al aire por el sol de la tarde. Andarríos se detuvo un instante —solo un instante, pensó, apenas un aleteo de curiosidad— para mirarlos saltar, fascinado por cómo parecían competir entre ellos por ver quién llegaba más alto.

Un mensaje a medias

Ese instante fue suficiente para que se distrajera de una parte importante del pedido. Los pájaros mensajeros llevaban las palabras de los niños tal como las escuchaban, pero si algo interrumpía su vuelo, a veces las palabras se revolvían en su memoria, como piedritas que se caen de un bolsillo agujereado. Y eso fue justo lo que pasó: mientras Andarríos volaba distraído, mirando de reojo a los peces que aún saltaban abajo, la palabra "poquito" se le escapó de la cabeza, silenciosa, sin que él lo notara.

Cuando por fin llegó a la estrella de Brisalio —una estrella pequeña y siempre en movimiento, rodeada de nubes delgadas que giraban como cintas alrededor de ella—, Andarríos se sacudió las plumas, tomó aire y dijo, con toda

la seguridad de quien cree recordar bien un mensaje:

—Una niña junto al mar pide viento. ¡Mucho viento!

Se le había olvidado por completo la palabra "poquito", y ni siquiera se dio cuenta de su error. Estaba tan orgulloso de haber llegado rápido que ni notó el hueco que había dejado en el mensaje.

Brisalio, que además tenía puesto un humor algo inquieto esa tarde, escuchó las palabras con atención. Había tenido, esa misma mañana, una discusión sin importancia con Tronido, su vecino de estrella, sobre quién hacía más ruido al trabajar: si el trueno de Tronido o las ráfagas silbantes de Brisalio. Ninguno de los dos había querido ceder, y las palabras habían quedado picando en el aire entre las dos estrellas, como una pelusa molesta que no termina de caerse.

Con esa inquietud todavía enredada entre sus nubes, Brisalio recibió el mensaje ya alterado, y lo entendió con toda la fuerza que Andarríos había transmitido sin querer. Abrió su ventana —una abertura invisible entre las nubes que usaba para soltar sus vientos al mundo— y dejó salir el aire con ganas, mezclando su propio nerviosismo con la idea de que una niña necesitaba, según había escuchado, "mucho" viento.

El torbellino en la playa

El viento llegó primero como una racha fuerte, de esas que hacen volar los sombreros y sacuden las sombrillas clavadas en la arena. Valentina sonrió al sentirlo en la cara, pensando que por fin su cometa podría subir. Pero el viento no se detuvo ahí: siguió creciendo, después más fuerte todavía, y empezó a girar sobre sí mismo, formando un remolino que levantaba arena en espirales doradas, arrancaba sombrillas de sus soportes y hacía volar toallas como si fueran fantasmas de colores.

Lo que había empezado como una simple brisa terminó convirtiéndose en un pequeño tornado costero, de esos que asustan mucho aunque duren poco. La gente de la playa gritaba y corría hacia los puestos de comida, sujetando a sus hijos de la mano, mientras el aire silbaba con un sonido agudo, como una flauta desafinada tocada por alguien que no sabía parar. Una carpa de la playa vecina salió volando entera, dando vueltas en el aire antes de caer, arrugada, varios metros más allá.

Valentina, asustada, sintió el corazón latirle con fuerza y corrió a refugiarse bajo el toldo de un puesto de helados, abrazando su cometa amarilla contra el pecho como si pudiera protegerla del viento con su propio cuerpo. El heladero, un hombre grande de bigote blanco, la dejó entrar detrás del mostrador y le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro.

—No pasa nada, no pasa nada —le decía, aunque su propia voz temblaba un poquito—. Ya va a pasar, estas cosas nunca duran mucho.

El tornado giró unos minutos sobre la arena, levantando conchas y hojas de palmera, sin lastimar a nadie por suerte, y luego se disolvió tan rápido como había llegado, deshaciéndose en el aire como si nunca hubiera existido. La playa quedó desordenada —sombrillas caídas, arena esparcida sobre las toallas, una carpa arrugada como papel— pero, por fortuna, sin daños graves. Poco a poco, la gente salió de sus refugios, sacudiéndose la arena de la ropa, mirando el cielo con desconfianza, como si esperaran que el viento volviera a hacer de las suyas.

La disculpa del viento

Desde su estrella, Brisalio se dio cuenta enseguida de lo que había pasado. Vio, a través de las nubes que lo rodeaban, el desorden que su viento había causado en la playa: las sombrillas volteadas, la carpa arrugada, la carita asustada de Valentina bajo el toldo del heladero. Sintió una vergüenza enorme, tan grande que sus propias nubes se pusieron grises por un momento, como si él también pudiera sonrojarse. Sin perder un segundo, llamó de inmediato a Andarríos para preguntarle qué había ocurrido con el mensaje original.

—Lo siento —dijo Andarríos, apareciendo frente a la estrella de Brisalio con las plumas caídas de la pena, sin el

brillo alegre que solía tener en los ojos—. Me distraje con unos peces que saltaban, y se me perdió la palabra "poquito". No lo hice a propósito, lo juro.

Brisalio no se enojó. Sabía, mejor que nadie, lo fácil que era dejarse llevar por un impulso: él mismo había dejado que su enojo con Tronido se mezclara con el mensaje, sin darse cuenta de que estaba soplando con la fuerza de su propia discusión y no con la fuerza que la niña necesitaba.

"A los dos nos pasó lo mismo, en el fondo", le dijo, con una voz que ya no sonaba molesta sino serena, casi como una brisa suave. "A ti se te escapó una palabra. A mí, se me escapó la calma."

Andarriós bajó la cabeza, agradecido de que Brisalio no le gritara, y prometió que la próxima vez volaría directo hacia las estrellas sin detenerse a mirar peces, ni mariposas, ni nada que brillara demasiado en el camino.

—Aunque —confesó, con una sonrisa tímida— va a ser difícil. Los peces plateados son realmente hermosos cuando saltan así, todos juntos.

Brisalio soltó una risa suave, la primera desde el episodio del tornado, y le dio una palmadita con una de sus nubes más pequeñas.

El regalo del cielo despejado

Esa misma tarde, más tranquilo y con la vergüenza convertida ya en ganas de arreglar las cosas, Brisalio sopló

una brisa suave y disculpante sobre la playa. Era distinta a la anterior: no silbaba fuerte ni levantaba arena, sino que llegaba en oleadas delicadas, como si el propio viento estuviera pidiendo perdón con cada movimiento, acariciando las palmeras en vez de sacudirlas.

Era justo la que Valentina necesitaba. Salió de debajo del toldo del puesto de helados, todavía con la cometa apretada contra el pecho, y sintió cómo esa brisa nueva le rozaba la cara, mucho más gentil que el torbellino de antes. Miró el cielo, ahora completamente despejado, sin una sola nube que recordara lo ocurrido minutos antes, y decidió intentarlo de nuevo.

Desenrolló el hilo con cuidado, corrió unos pasos por la arena mojada, y soltó la cometa amarilla al viento. Esta vez, la tela se hinchó suavemente, subió despacio, y luego más alto, más alto, meciéndose contra el cielo ya limpio con su larga cola de retazos ondeando como una serpentina de colores. Valentina rió, olvidando por completo el susto de minutos antes, mientras sujetaba el hilo con ambas manos y sentía cómo el viento jugaba con su cometa sin exagerar, sin apurarse, exactamente como ella lo había pedido al principio.

Desde su estrella, Brisalio observó la escena con una calma que no sentía desde hacía días, y a su lado, Andarríos —que había vuelto a acompañarlo para asegurarse de que todo estuviera bien— miró también hacia la playa,

prometiéndose en silencio que la próxima vez escucharía cada palabra hasta el final, sin dejar que nada, ni siquiera los peces más brillantes del mar, se llevara ninguna palabra importante.

El pedido de Bruno y el arcoíris doble

Después de una mañana de lluvia suave, Bruno se quedó mirando por la ventana de su cocina, con un vaso de leche tibia en las manos, esperando que escampara. La casa olía a pan recién tostado y a tierra mojada, ese aroma que solo existe cuando la lluvia toca el jardín y despierta a la tierra dormida. Afuera, las gotas resbalaban por el vidrio dibujando caminitos que se cruzaban y se separaban, como si compitieran en una carrera silenciosa hacia el marco de madera.

Bruno tenía seis años y una costumbre muy suya: cada vez que llovía, se sentaba en el banquito junto a la ventana y contaba las gotas más gordas, las que caían primero y más rápido que las demás. Ese día, sin embargo, algo lo distrajo de su juego. El cielo, que había sido gris parejo desde que se despertó, empezó a mostrar unas rasgaduras claras entre las nubes, como si alguien allá arriba estuviera corriendo una cortina pesada.

Cuando por fin las gotas empezaron a espaciarse y un rayo de sol se asomó entre las nubes, tibio y dorado, Bruno

sintió un cosquilleo de esperanza en el pecho. Apretó el vaso de leche entre sus manos, cerró los ojos un segundo, como quien pide un deseo antes de soplar las velas de un pastel, y dijo, casi como un secreto:

—Ojalá salga un arcoíris. Uno bien grande, con todos los colores.

No lo dijo fuerte, ni lo gritó, ni lo repitió tres veces como hacen algunos niños cuando quieren asegurarse de que el cielo los escuche. Lo dijo con calma, con esa certeza tranquila de quien confía en que las cosas buenas, tarde o temprano, llegan.

El pájaro que escuchaba sin apuro

Ala de Bronce estaba posado justo en el árbol frente a la casa de Bruno, descansando un momento entre mensaje y mensaje. Era el más viejo de los diez pájaros mensajeros, y también el más paciente. Sus plumas, de un color cobrizo que brillaba distinto según la luz, tenían pequeñas muescas y raspones de tantos años de vuelo, como las páginas gastadas de un libro que se ha leído mil veces y se sigue queriendo leer una más.

Los otros pájaros —Pico Fino, siempre apurado; Cascabela, que hablaba antes de escuchar del todo; Trino Largo, que a veces se enredaba repitiendo la misma frase tres veces— solían decir que Ala de Bronce tenía un truco para no equivocarse nunca. Pero no era un truco. Era,

simplemente, calma.

Esa mañana no había prisa, ni distracciones, ni nervios revoloteando en su pecho. Ningún grillo cantaba fuera de tiempo, ningún viento lo empujaba antes de hora, ninguna otra voz de niño se cruzaba con la de Bruno. El viejo pájaro simplemente escuchó, ladeó la cabeza como hacen los pájaros cuando prestan toda su atención, y dejó que cada palabra de Bruno se acomodara dentro de su memoria como una piedrita en su lugar exacto dentro de un río.

Cerró los ojos un instante para grabarse cada palabra —ojalá salga un arcoíris, uno bien grande, con todos los colores— y emprendió vuelo con calma, sacudiendo apenas las alas para no espantar ni una gota de las que aún caían.

Dos estrellas, un mismo mensaje

Lo particular de este pedido es que Ala de Bronce sabía, por experiencia de tantos años llevando mensajes de niño en niño y de estrella en estrella, que debía entregarlo dos veces: una a Doria, para que la lluvia se sostuviera apenas un poco más, con la delicadeza justa, y otra a Solmar, para que el sol asomara con la fuerza precisa, ni más ni menos. Un arcoíris, después de todo, no nace del sol solo ni de la lluvia sola. Nace del ratito exacto en que ambos se atreven a compartir el cielo.

Voló primero atravesando una capa fina de nubes, sintiendo en las plumas la humedad fresca que aún flotaba en el aire, y subió más y más alto, hasta dejar atrás el tejado de la casa de Bruno, luego las copas de los árboles del vecindario, y después el mundo entero, pequeño y redondo, quedando abajo como una canica azul y verde.

Llegó primero a la estrella de Doria. Era una estrella de un azul profundo, siempre húmeda al tacto, rodeada de una neblina fina que se le pegaba a las plumas como un abrazo frío. En su superficie brillaban charcos pequeños que nunca se secaban del todo, y el sonido constante de gotas cayendo sobre gotas llenaba el aire de un tintineo suave, como una música hecha solo de percusión líquida.

Doria, en ese momento, estaba de un humor sereno, casi juguetón. Tenía forma de una silueta translúcida, con el cabello hecho de hilos de agua que caían sin llegar nunca al suelo, y una sonrisa que se dibujaba y desaparecía como se dibujan las ondas en un estanque.

—Ala de Bronce —dijo, con una voz que sonaba a lluvia sobre hojas—, qué bueno verte con tanta calma esta mañana. Cuéntame, ¿qué trae hoy tu mensaje?

El pájaro se posó sobre una roca cubierta de musgo brillante, sacudió las gotas de sus alas y le contó el pedido de Bruno con todo detalle: un niño esperando junto a su ventana, con un vaso de leche en las manos, con ganas de

ver algo hermoso después de la lluvia.

—Puedo sostener unas gotitas más —dijo Doria, sonriendo, mientras su forma temblaba de gusto—. Solo las últimas, las más livianas, las que casi no se sienten caer. Las voy a dejar ir despacito, como quien suelta globos de a uno.

Ala de Bronce agradeció con una inclinación de cabeza, típica de los pájaros mensajeros cuando un Weather aceptaba un pedido con gusto, y volvió a alzar vuelo.

La estrella que siempre está de buen humor

Luego voló hacia la estrella de Solmar, que quedaba un poco más lejos, del otro lado de un cielo que iba aclarando de a poco. A medida que se acercaba, el aire se fue calentando, y las plumas cobrizas de Ala de Bronce empezaron a brillar con un resplandor casi dorado, como si la propia estrella los estuviera saludando desde lejos.

La estrella de Solmar era cálida al tacto, de un amarillo tan intenso que parecía hecha de miel derretida, y estaba siempre llena de un calorcito agradable, ni quemante ni tibio de más, sino ese punto justo que a los niños les gusta sentir en la piel un día de playa. Pequeñas motas de luz flotaban en el aire como polvo dorado, y todo allí olía, de alguna manera imposible de explicar, a día despejado.

Solmar, ese día, estaba de excelente humor —como casi siempre, porque pocas cosas alegran más a un Weather

que un cielo que se prepara para lucirse. Tenía forma de una figura redonda y brillante, con una sonrisa ancha dibujada en su rostro de luz, y al ver llegar a Ala de Bronce levantó los brazos en un saludo alegre.

—¡Ala de Bronce! —exclamó, con una voz cálida como el mediodía—. Justo estaba pensando en asomarme un poco hoy. ¿Traes noticias?

El pájaro le transmitió el mismo pedido, palabra por palabra, tal como lo había escuchado de Bruno y tal como se lo había repetido a Doria minutos antes, sin cambiar ni una coma, sin agregar ni quitar nada, porque esa era su manera de trabajar: siempre igual, siempre exacto.

—Con gusto —respondió Solmar, frotándose las manos de luz como quien se prepara para algo divertido—. Voy a asomarme justo entre esas últimas gotas, ni antes ni después. Dile a ese niño, si lo ves de nuevo, que se quede mirando bien el cielo.

—No hablo con los niños, Solmar, solo llevo sus pedidos —respondió Ala de Bronce con una media sonrisa de pico, porque incluso los pájaros mensajeros más serios tienen su manera de bromear entre Weathers.

—Ya lo sé, ya lo sé —rió Solmar—. Pero algún día alguno de ustedes se va a animar a decir "hola" de mi parte.

Ala de Bronce no respondió, pero llevó esa risa dorada consigo mientras emprendía el regreso, volando ahora más rápido, con la satisfacción tranquila de quien ha cumplido bien su tarea.

El momento en que aparece Iris

Cuando Doria dejó caer sus últimas gotas finas, livianas, casi transparentes, cada una brillando por un instante antes de tocar el suelo como una lágrima de vidrio, y Solmar asomó su luz dorada exactamente en el ángulo correcto, entibiando el aire húmedo con un rayo preciso y cálido, ocurrió lo que solo puede ocurrir cuando ambos trabajan en perfecta armonía: Iris, la Weather del arcoíris, sintió que era su momento.

Iris vivía en una estrella distinta a las demás, una que no tenía un solo color sino todos a la vez, repartidos en franjas que giraban despacio, como si la propia estrella respirara colores en lugar de aire. Nadie la veía trabajar muy seguido, porque Iris solo podía aparecer cuando la lluvia y el sol se encontraban en el instante exacto, ese segundo mágico donde ninguno de los dos manda solo y ambos se prestan el cielo por un momento.

Desde su estrella, Iris sintió el cosquilleo familiar que le avisaba que había llegado su turno. Tomó todos los colores que tenía guardados —el rojo más profundo, como el de las manzanas maduras; el naranja más cálido, como el de las brasas de una fogata; el amarillo más brillante, como el

de los girasoles al mediodía; el verde fresco de las hojas nuevas; el azul del cielo despejado; el añil profundo del atardecer, y el violeta suave del crepúsculo— y los estiró como un puente enorme sobre el cielo de Bruno.

Y como el pedido había llegado tan claro, tan bien medido entre lluvia y sol, sin apuros ni confusiones, Iris pudo hacer algo que solo logra en sus días más inspirados: un segundo arco, más tenue, más suave, apareció justo encima del primero, formando un arcoíris doble que se reflejaba incluso en el charco de agua frente a la casa de Bruno, duplicando la maravilla como si el cielo mismo quisiera asegurarse de que nadie se lo perdiera.

El niño se quedó con el vaso de leche olvidado en la mano, la boca abierta, mirando el cielo como quien mira algo que no sabía que existía en el mundo real. Las gotas que aún colgaban de las hojas del jardín brillaban como cuentas de cristal bajo la luz nueva, y por un instante todo pareció detenerse: el canto de un pájaro lejano, el goteo suave del canalón, hasta el propio corazón de Bruno, que latía despacio, como si no quisiera hacer ruido y espantar la magia.

—¡Mamá! —gritó, sin moverse de la ventana—. ¡Mamá, ven a ver, hay dos arcoíris!

Su mamá llegó corriendo desde la cocina, con las manos todavía cubiertas de harina, y al asomarse por la ventana

se quedó tan callada como su hijo. Los dos se quedaron ahí, hombro con hombro, mirando el doble arco que atravesaba el cielo entero, de un lado del horizonte al otro, sin decir nada, porque había cosas que no necesitaban palabras.

Cuando un pedido llega completo, y cada Weather hace su parte con calma, el cielo puede regalar hasta dos arcoíris en lugar de uno.

La noche de las preguntas

Esa noche, antes de dormir, Bruno le contó a su mamá lo que había visto, aunque ella también lo había visto con sus propios ojos. Pero a Bruno le gustaba contarle de nuevo, como si al repetirlo la maravilla se hiciera un poquito más suya.

—¿Por qué había dos, mamá? —preguntó, ya con el pijama puesto y las mantas hasta el mentón—. Nunca había visto dos arcoíris juntos.

—Dicen que los arcoíris dobles traen suerte —respondió ella, acomodándole el pelo revuelto—. Y que el segundo, el más flojito, es como un eco del primero, un saludo extra del cielo.

Bruno no supo si eso era verdad, pero decidió creerlo de todas formas, porque algunas cosas son tan lindas que merecen creerse aunque uno no esté seguro del todo. Cerró los ojos pensando en los siete colores estirados

sobre su casa, y en algún rincón de su sueño, sin saberlo, agradeció sin palabras a un pájaro cobrizo que ya volaba lejos, camino a escuchar el próximo pedido de algún otro niño del mundo.

El pedido mal escuchado de Martina y la ola de calor

Martina vivía en una casa con un patio grande, lleno de plantas que su papá cuidaba con esmero cada fin de semana. Había un limonero que apenas empezaba a dar sus primeros frutos, un rosal que trepaba por la pared del fondo, macetas de albahaca junto a la puerta de la cocina y un pequeño estanque con peces naranjas donde Martina metía los pies cuando nadie la veía. Su papá se levantaba temprano los sábados, con el sombrero de paja y la regadera en la mano, y tarareaba canciones viejas mientras iba de planta en planta, como si cada una mereciera su propia melodía.

Una tarde de verano, mientras jugaba a la sombra de un árbol porque el sol pegaba fuerte, Martina se abanicó con la mano. El aire estaba tan pesado que hasta las hojas parecían cansadas de moverse, y los grillos, que normalmente cantaban apenas caía la tarde, se habían quedado callados, escondidos en algún rincón fresco. Martina sintió que el sudor le corría por la frente y se

quejó, casi sin darle importancia:

—Uf, qué calor. Ojalá refresque un poco.

Era un pedido sencillo, casi obvio: Martina quería que bajara la temperatura, nada más. Un deseo pequeño, de esos que los niños murmuran sin pensar que alguien, muy lejos, en una estrella titilante, los está escuchando con atención. Pero Cascabela, el pájaro que escuchaba mal las palabras parecidas, fue quien recogió el mensaje ese día, y su oído travieso le jugó una mala pasada.

Un error de una sola letra

Cascabela era un pájaro alegre, de plumas color canela y un cascabel diminuto atado a la pata que sonaba cada vez que volaba, como si anunciara su llegada antes de que nadie la viera. Le encantaba su trabajo, le encantaba escuchar a los niños, pero tenía un problema que todos en el mundo de los Weathers conocían bien: las palabras que sonaban parecidas se le mezclaban en el pico, como si se le enredaran las plumas del oído.

Esa tarde entendió "calor" con total claridad —esa palabra no tenía parecido con ninguna otra que pudiera confundirla—, pero la frase completa, dicha en el tono quejoso de Martina, se le mezcló en la cabeza. En lugar de escuchar "ojalá refresque", entendió algo parecido a "ojalá más calor", como si Martina se estuviera quejando de que el calor no era suficiente, de que necesitaba todavía más

sol, más brillo, más fuego en el cielo.

Cascabela ladeó la cabeza, satisfecha con lo que creía haber oído, y emprendió el vuelo hacia la estrella de Solmar, atravesando nubes delgadas y corrientes de aire cálido, convencida de que llevaba el mensaje correcto. Al llegar, hizo una pequeña reverencia y dijo:

—Una niña llamada Martina pide más calor. Dice que hace calor, pero quiere más.

El sol que necesitaba sentirse querido

Solmar, que ese día además estaba algo dolido, escuchó las palabras de Cascabela como quien recibe un regalo inesperado. Últimamente sentía que nadie disfrutaba de sus días soleados: los niños se quejaban de tener que quedarse adentro, algunos adultos protestaban por las plantas marchitas, y hasta había escuchado, sin querer, a Nebula comentarle a Iris que "el pobre Solmar exageraba siempre con su brillo".

Esa mañana, antes de que llegara Cascabela, Solmar había estado sentado en el borde de su estrella, mirando hacia la Tierra con una expresión triste que le encogía los bordes dorados. Cuando las emociones de los Weathers cambiaban, también cambiaba su forma: y Solmar, apagado como estaba, se había vuelto de un amarillo pálido, casi gris, como un sol de invierno perdido en pleno verano.

—Nadie quiere que yo brille tanto como antes —le había dicho a Brisalio, que pasaba por ahí llevando una brisa fresca hacia el sur—. Antes los niños salían a jugar, hacían burbujas de jabón, corrían por los parques. Ahora solo quieren esconderse de mí.

Brisalio, que no tenía mucha paciencia para las tristezas ajenas cuando tenía trabajo que hacer, le había respondido con un silbido rápido:

—Eso es porque a veces brillas demasiado fuerte, amigo. No es que no te quieran, es que a veces hay que dar un descanso.

Solmar no había quedado muy convencido con esa respuesta. Así que cuando Cascabela llegó con la noticia de que una niña quería más de su calor, sintió que algo dentro de él se encendía de nuevo, como una brasa que vuelve a avivarse.

Alguien quiere más de mi sol, pensó, y una sonrisa ancha le iluminó el rostro redondo. Alguien todavía me necesita.

Y con ganas de sentirse útil otra vez, sin detenerse a pensar si el pedido tenía sentido, sin preguntarse por qué una niña que se quejaba de calor pediría más calor, decidió entregarse por completo. Se estiró, se hinchó de luz, y dejó que todo su fuego dorado cayera sobre la Tierra sin reservas.

El patio seco de Martina

Los días siguientes, el sol brilló con una fuerza que nadie había pedido. El cielo se volvió de un azul tan intenso que dolía mirarlo, sin una sola nube que ofreciera sombra, y el aire se llenó de un calor espeso que se pegaba a la piel como una manta pesada. El termómetro subió y subió: primero unos grados más de lo normal, después unos cuantos más, hasta que hasta los adultos del barrio comenzaron a comentarlo con preocupación en las veredas.

Las plantas del patio de Martina empezaron a marchitarse a pesar de que su papá las regaba dos veces al día, por la mañana bien temprano y al caer la tarde. El rosal dejó caer sus pétalos uno a uno, como si estuviera llorando lágrimas rojas sobre la tierra. Las hojas de albahaca se pusieron amarillas en los bordes, y el limonero, tan orgulloso de sus primeros frutos, empezó a soltarlos antes de tiempo, pequeños y verdes, incapaces de madurar bajo tanto fuego.

La tierra del jardín se volvió dura y agrietada, como si no hubiera visto agua en meses, aunque la regadera de papá pasaba por allí todos los días. El agua parecía evaporarse apenas tocaba el suelo, como si el sol se la bebiera antes de que la tierra pudiera aprovecharla. Hasta los peces del estanque nadaban más despacio, buscando las esquinas más sombreadas, y Martina notó que el agua estaba tibia, cuando siempre había sido fresca al tacto.

—Papá —dijo una tarde, viendo cómo él se secaba la frente con el dorso de la mano, mirando el rosal marchito con el ceño fruncido—, ¿por qué hace tanto calor? Antes no era así.

—No lo sé, mi amor —respondió él, suspirando—. A veces el verano se pone caprichoso. Esperemos que pase pronto.

Pero no pasaba. Lo que había empezado como una queja pasajera de calor se convirtió en varios días de calor extremo, tan fuerte que empezó a parecerse a una pequeña sequía. Los vecinos hablaban del tema por encima de las rejas, abanicándose con revistas viejas; los perros del barrio se echaban bajo los autos estacionados buscando la única sombra disponible; y en la plaza, los columpios quedaron vacíos porque el metal quemaba al tocarlo.

Martina, confundida y un poco asustada al ver las plantas de su papá sufrir tanto, empezó a sentir que aquel calor tenía algo raro, algo que no encajaba con un simple verano caluroso. Una noche, mientras miraba por la ventana de su cuarto cómo el cielo seguía despejado y ardiente incluso después de que se hubiera puesto el sol, decidió que tenía que intentarlo de nuevo, pero esta vez con mucho más cuidado.

Un pedido dicho con calma

Salió al patio descalza, sintiendo bajo sus pies la tierra reseca en vez de la hierba fresca de siempre, y miró hacia

arriba, hacia las estrellas que empezaban a asomarse entre el calor todavía pegajoso de la noche. Respiró hondo, tal como le había enseñado su abuela cuando quería decir algo importante, y habló despacio, casi deletreando cada palabra:

—Por favor —dijo—. Necesitamos que baje el calor. Un poco de fresco, nada más. No quiero más sol. Quiero que las plantas de mi papá se recuperen.

Esta vez fue Ala de Bronce quien escuchó el pedido. Era uno de los pájaros más atentos de los diez mensajeros, con plumas de un color metálico que brillaba incluso en la oscuridad, y tenía la costumbre de posarse muy cerca de las ventanas de los niños, escuchando con paciencia antes de emprender el vuelo. Nunca se apuraba, nunca confundía una palabra con otra: prefería quedarse un momento extra, asegurándose de haber entendido bien, antes de salir disparado hacia las estrellas.

Aquella noche, algo en el tono de Martina —esa manera cuidadosa de elegir cada palabra— le hizo pensar que la niña ya había pedido algo antes, y que las cosas no habían salido como ella esperaba. Así que voló hasta la estrella de Solmar no solo con el mensaje, sino con la intención de entender qué había pasado.

La conversación entre Ala de Bronce y Solmar

Encontró a Solmar sentado en el borde dorado de su estrella, todavía brillante, todavía intenso, pero con una expresión que mezclaba orgullo y una pizca de duda, como si en el fondo supiera que algo no estaba del todo bien. Ala de Bronce se posó con suavidad a su lado y le explicó con calma lo que realmente había pedido la niña.

—Solmar —dijo el pájaro, con voz tranquila—, Martina no quiere más calor. Quiere que baje. Sus plantas se están secando, y ella está preocupada por su papá.

Solmar parpadeó, confundido.

—Pero Cascabela me dijo que quería más sol. Que se quejaba de que no era suficiente.

—Creo que hubo una confusión —respondió Ala de Bronce con delicadeza, sin señalar culpables, sin hacer sentir mal a nadie—. A veces las palabras se parecen mucho entre sí, sobre todo cuando se dicen con quejas o con el tono equivocado. "Ojalá refresque" y "ojalá más calor" pueden sonar parecido si uno no escucha con cuidado.

Solmar se quedó en silencio un largo rato, mirando hacia la Tierra, hacia el patio reseco de Martina que apenas se distinguía entre tantos otros patios y tejados. Sintió que el pecho se le encogía, y su color, que había estado tan dorado y brillante los últimos días, empezó a apagarse un poco, tiñéndose de un naranja más suave, más triste.

—Yo solo quería sentir que alguien todavía disfrutaba de mi sol —murmuró, casi para sí mismo—. Estaba tan cansado de sentirme como una molestia que, cuando escuché que alguien pedía más de mí, no quise preguntar nada. No quise dudar. Solo quise creer que era verdad.

Ala de Bronce, que había escuchado muchas confesiones de los Weathers a lo largo de los años, se acercó un poco más y le habló con esa ternura paciente que lo caracterizaba:

—Está bien querer sentirse necesitado, Solmar. Pero incluso el sol más brillante tiene que descansar a veces, para que las flores puedan abrir sus pétalos y los niños puedan jugar sin quemarse los pies en la vereda. No es que no te quieran: es que te necesitan en su medida, como a todos los Weathers.

El regreso del sol amable

Solmar se sintió apenado al enterarse del malentendido, pero también entendió algo importante sobre sí mismo: había estado tan necesitado de sentirse querido que aceptó un pedido sin dudar demasiado, sin pensar si tenía sentido, sin preguntarse por qué una niña que se abanicaba quejándose del calor pediría más de él.

Esa misma noche, Solmar bajó la intensidad de su luz, poco a poco, como quien suelta el aire después de haber contenido la respiración durante días. Al amanecer

siguiente, el cielo sobre la casa de Martina amaneció con un sol más suave, dorado pero amable, capaz de calentar sin quemar. Una brisa fresca —que Brisalio, avisado por Ala de Bronce, había mandado como gesto de buena voluntad— recorrió el patio, moviendo las hojas cansadas del limonero como si les diera ánimo.

Doria, que también se había enterado del malentendido a través de los murmullos que corrían entre las estrellas, decidió enviar esa tarde una lluvia breve y gentil, apenas unas gotas tibias que cayeron sobre el jardín reseco. Martina salió corriendo a sentirlas en la cara, riendo, mientras su papá levantaba los brazos al cielo con una sonrisa enorme, agradecido, sin saber exactamente a quién agradecerle, pero agradecido de todas formas.

La tierra agrietada del patio bebió el agua con avidez, y en pocos días el rosal comenzó a sacar brotes nuevos, tímidos pero decididos, y el limonero recuperó algo de su color verde intenso. Los peces del estanque volvieron a nadar más rápido, más contentos, y hasta los grillos se animaron a cantar de nuevo cuando caía la tarde.

Una disculpa entre plumas

Cascabela, al enterarse de lo que había pasado, se sintió terriblemente apenada. Voló hasta encontrar a Ala de Bronce posado en una rama, y con la cabeza gacha y el cascabelito de su pata sonando bajito, como si también estuviera triste, le confesó:

—Fue mi culpa. Escuché mal, otra vez. Siempre me pasa con las palabras parecidas.

Ala de Bronce, sin reproches, le respondió con calma:

—Todos cometemos errores, Cascabela. Lo importante es que el mensaje se corrigió, y que Solmar entendió algo valioso de todo esto. La próxima vez, tal vez puedas repetir el pedido en tu cabeza antes de emprender el vuelo, solo para estar segura.

Cascabela asintió, agradecida por la paciencia de su compañero, y prometió, como hacía cada vez que se equivocaba, poner más atención la próxima vez. Aunque, como bien sabían todos los pájaros mensajeros, las palabras parecidas seguirían jugándole bromas de tanto en tanto, porque así era su naturaleza, y no había cascabel ni promesa que pudiera cambiar eso del todo.

"A veces, para sentirnos queridos, aceptamos cualquier pedido sin preguntarnos si tiene sentido. Pero el cariño verdadero no se mide en la cantidad de calor que uno entrega, sino en la calidez justa, la que abriga sin quemar, la que se necesita en su medida y en su momento."

Martina nunca supo, por supuesto, del pájaro que había escuchado mal, ni del sol que había necesitado sentirse querido, ni de la brisa y la lluvia que habían llegado como gestos de disculpa desde el cielo. Solo supo que, después de unos días extraños de calor insoportable, las cosas

habían vuelto a su cauce, y que el jardín de su papá, poco a poco, volvía a florecer.

Pero cada tarde, cuando salía a jugar bajo la sombra fresca del árbol del patio, sentía que el sol la miraba de una manera distinta: más suave, más atenta, como si de verdad le importara que ella estuviera cómoda. Y sin saber por qué, sonreía hacia el cielo, y a veces, sin que nadie se lo hubiera pedido, el sol le devolvía la sonrisa con un brillo tibio y amigable, justo el necesario para un día perfecto de verano.

Capítulo 10: El pedido que se escuchó al revés

En el pueblo de Los Aromos, donde las casas tenían techos de tejas rojas y los caminos olían a tierra recién removida, vivía un niño llamado Simón. Era el dueño de un jardín pequeño y terco, apretado entre la pared de adobe de su casa y la cerca de madera que su abuelo había clavado hacía años. Allí crecían tomates flacos que se sostenían apenas de sus tutores, unas lechugas de hojas curiosas que se enroscaban como si quisieran esconderse del sol, y una enredadera vieja que se negaba, tozuda, a florecer, año tras año, sin que nadie supiera bien por qué.

Llevaba tres semanas sin llover. La tierra se había puesto del color de la corteza de pan tostado, y cuando Simón

caminaba entre los surcos, el suelo crujía bajito bajo sus pies, como si también él tuviera sed. Las hojas de los tomates colgaban flojas por las tardes, y por las mañanas, apenas un poco más erguidas, parecían suplicar con su propio silencio verde.

Una tarde, con las manos llenas de tierra seca que se le metía bajo las uñas, Simón se sentó en el escalón de la puerta trasera y decidió que ya era hora de pedir ayuda. Sacó un papel del cuaderno de la escuela, lo alisó sobre la rodilla y escribió despacio, con la lengua asomada entre los dientes por la concentración, el pedido tal como su abuela le había enseñado:

"Pido un poco de lluvia, apenas suficiente para mojar la tierra de mi jardín, que está sediento."

Dobló el papel tres veces, como sabía hacerlo —una hacia adentro, otra hacia afuera, y la última en diagonal, para que el viento no lo abriera en pleno vuelo— y salió al patio justo cuando el cielo empezaba a teñirse de un naranja profundo, anuncio de que el atardecer no tardaría en llegar.

Fue entonces cuando llamó, con un silbido corto y agudo que había practicado toda la semana, a Pico Fino, uno de los diez pájaros mensajeros, célebre entre los niños de Los Aromos por ser el más veloz de todos, capaz de cruzar el cielo entre dos montañas antes de que una nube terminara

de cambiar de forma.

Pico Fino llegó planeando, con las plumas grises brillando como si tuvieran un poco de plata escondida entre ellas, y se posó en el borde de la maceta más cercana, ladeando la cabeza con esa mirada atenta que tienen los pájaros cuando esperan un encargo.

—¿Está listo el pedido? —preguntó, con su vocecita clara, aunque un poco apurada, porque el viento ya empezaba a levantarse desde las montañas y a los pájaros mensajeros no les gusta volar cuando el aire se pone nervioso.

—Aquí está —dijo Simón, atando el papel con cuidado a la pata delgada del pájaro—. Es solo un poco de lluvia. Nada más.

—Un poco de lluvia —repitió Pico Fino, como quien memoriza una lección—. Entendido.

Y partió justo cuando el viento empezaba a soplar fuerte desde las montañas, arrastrando consigo un olor a piedra fría y a pino que anunciaba que la noche sería movida.

Un viento que revuelve las palabras

Nadie le había explicado a Simón —ni a nadie, en realidad, porque son cosas que solo se aprenden a fuerza de sustos— que hay noches en que el viento juega con las palabras de los pedidos. Las sacude en el aire como si fueran hojas sueltas de un árbol de otoño, las hace girar,

las separa, y a veces, cuando vuelve a juntarlas, las acomoda mal, como quien arma un rompecabezas a oscuras y sin mirar la caja.

Pico Fino voló al principio con seguridad, siguiendo el camino que conocía de memoria: sobre el techo del molino viejo, cruzando el río por donde el puente era más angosto, subiendo luego hacia las colinas peladas que llevaban directo a las Puertas Altas. Pero apenas dejó atrás el molino, el viento lo golpeó de costado con una fuerza que no esperaba. Sus plumas se erizaron, sus alas se sacudieron, y tuvo que cerrar los ojos dos veces para no perder el rumbo, apretando el pico con fuerza para no soltar el papel que llevaba atado.

—Vuela derecho, vuela derecho —se repetía a sí mismo, como hacen los pájaros mensajeros cuando el camino se pone difícil.

El viento aullaba entre las rocas, silbaba en los huecos de las piedras, y por un instante pareció como si mil voces distintas murmuraran al mismo tiempo, todas mezcladas, todas revueltas. Pico Fino sintió que el papel se sacudía contra su pata, que las esquinas del dobléz se aflojaban un poco, y aunque logró mantener el rumbo, cuando por fin llegó a las Puertas Altas —esos portones inmensos, tallados en nubes endurecidas, por donde entran y salen todos los pedidos del mundo— estaba agotado, con el plumaje despeinado y los ojos entrecerrados por el

cansancio.

Se posó temblando en el umbral de piedra blanda, respiró hondo, y desató el papel con el pico para leerlo antes de entregarlo, como hacían todos los pájaros mensajeros por costumbre. Pero las letras, sacudidas por el viento durante el vuelo, ya no decían lo mismo. Algunas se habían corrido, otras se habían fundido entre sí, y donde antes decía "un poco", ahora, a los ojos cansados de Pico Fino, parecía decir otra cosa completamente distinta.

Decía, o eso creyó leer el pájaro con las plumas todavía erizadas por el viento:

*"Pido MUCHA lluvia, que todo mi jardín quede
INUNDADO."*

Pico Fino parpadeó, dudó un instante —una sombra de extrañeza le cruzó la mente, como cuando algo no encaja del todo—, pero el cansancio pudo más que la duda. Entró por las Puertas Altas con el papel en el pico, agotado, confundido, y lo entregó sin volver a dudar. Así son las cosas cuando un pájaro está cansado: confía en lo que alcanza a leer, y a veces lo que alcanza a leer no es lo que fue escrito.

Don Nimbo se pone a trabajar

El encargado de esa noche era Don Nimbo, el más grande y aplicado de los Weathers de tormenta, primo lejano de Tronido, aunque de temperamento distinto: mientras

Tronido gustaba de los truenos espectaculares y las noches de gran escándalo, Don Nimbo prefería trabajar en silencio, con dedicación, cumpliendo cada pedido como si fuera el más importante del mundo.

Vivía en una estrella gris, siempre cubierta de nubes bajas, donde el aire olía a lluvia fresca incluso en los días en que no llovía. Era un ser bondadoso, de manos grandes y suaves como algodón mojado, pero de humor intenso: cuando se lo pedían, no hacía las cosas a medias. Si un niño pedía sol, Don Nimbo se apartaba respetuoso para dejarle el paso a Solmar; pero si un niño pedía lluvia, Don Nimbo se transformaba, inflando el pecho, oscureciendo los hombros, preparándose para dar todo de sí.

Al leer el pedido que Pico Fino le entregó, temblando aún por el vuelo, Don Nimbo abrió los ojos como platos.

—¿Inundado? —murmuró, sorprendido, aunque la sorpresa no le duró demasiado, porque enseguida el entusiasmo lo llenó por completo—. Bueno, si eso es lo que pide el niño, eso tendrá.

Infló su pecho de nube gris hasta que pareció el doble de grande, hizo tronar sus hombros con un sonido parecido al de piedras rodando, y se puso manos a la obra con todo su entusiasmo, sin detenerse a pensar que quizás, solo quizás, valía la pena preguntar dos veces antes de un pedido tan distinto de lo habitual.

Esa noche cayó sobre Los Aromos una lluvia como no se había visto en años. No una llovizna amable que repica suave en los techos, sino cortinas enteras de agua que golpeaban con fuerza, que hacían un ruido parecido a mil manos aplaudiendo sin parar. El agua corría por las calles empedradas formando pequeños ríos, desbordaba las acequias, se colaba bajo las puertas, subía por los escalones, y subía, subía, hasta que el jardín de Simón —y media calle del pueblo— quedó bajo un espejo de agua marrón, donde flotaban hojas sueltas, ramitas y un zapato viejo que nadie supo de dónde había salido.

La noche en que el pueblo se despertó mojado

Simón se despertó con los pies fríos porque el agua había entrado bajo su cama, subiendo silenciosa mientras él dormía, sin que ningún trueno lo alertara a tiempo. Se incorporó de un salto, con el corazón latiéndole fuerte, y sus pies descalzos tocaron un charco helado que le subió un escalofrío por toda la espalda.

—¿Qué...? —alcanzó a decir, todavía medio dormido, mientras buscaba a tientas la lámpara.

Cuando por fin encendió la luz y miró por la ventana, no vio su jardín: vio un lago pequeño donde antes había tomates. Los tutores de madera asomaban como mástiles de barcos hundidos, y la enredadera vieja, la que nunca florecía, estaba medio sumergida, con sus hojas flotando tristes sobre la superficie oscura.

—Yo no pedí esto —dijo, con la voz quebrada, apretando las manos contra el marco de la ventana—. Yo solo pedí un poco.

Afuera, el pueblo entero parecía haberse convertido en un espejo roto. Los vecinos salían de sus casas en camisón, con velas y linternas que apenas alumbraban entre la lluvia, chapoteando descalzos o con botas puestas a las apuradas, gritándose entre ellos para saber si todos estaban bien. Doña Remedios, la panadera, sacaba baldes de agua de su cocina con una desesperación que hacía que las trenzas se le pegaran a la cara. El viejo Ferrán, que vivía solo al final de la calle, se había subido a una silla en medio de su living, mirando el agua subir con una mezcla de miedo y de risa nerviosa, porque a veces el susto se parece mucho a la risa cuando uno no sabe qué otra cosa hacer.

—¡Esto no es normal! —gritaba alguien desde la esquina—. ¡Esto no es una lluvia cualquiera!

Y tenían razón: no lo era.

La regla que todos habían olvidado

En el pueblo, los vecinos se reunieron bajo los aleros más anchos, achicando agua con baldes que se pasaban de mano en mano, formando una cadena humana que iba desde las casas hasta la calle, donde el agua por fin encontraba, aunque fuera lento, un camino hacia el río.

Mientras trabajaban, empapados y temblando de frío, alguien —quizás fue la maestra Herminia, que sabía muchas cosas viejas del pueblo— recordó en voz alta una de las reglas más antiguas del mundo de los Weathers, esa que las abuelas les cuentan a los nietos junto al fuego, cuando la noche está tranquila y no hay lluvia que la interrumpa:

Un pedido viaja tal como se lo entrega, no tal como se lo pensó.

Por eso hay que decirlo despacio, y hay que escucharlo despacio también.

—Entonces el problema no fue Simón —dijo la maestra Herminia, apartándose el pelo mojado de la frente—. El problema fue el camino que hizo el pedido antes de llegar.

Simón, con el agua hasta los tobillos y el corazón todavía apretado, entendió de golpe lo que había pasado. Pensó en el viento fuerte de esa tarde, en cómo Pico Fino había tenido que cerrar los ojos para volar, y sintió una mezcla de pena por el pájaro y de urgencia por arreglar las cosas.

—Hay que avisarles —dijo, casi sin aliento—. Hay que decirles que fue un error.

Fue Andarrios, otro de los diez pájaros mensajeros, conocido en el pueblo por su paso tranquilo y su vuelo bajo, casi rasante, como si prefiriera seguir el curso de los arroyos antes que perderse entre las nubes, quien se

ofreció a volar de nuevo hasta las Puertas Altas para avisar del error. Esta vez, sin embargo, las cosas se hicieron distinto.

Esperaron a que el viento se calmara un poco, refugiados bajo el alero más ancho, con las velas chisporroteando por la humedad. Simón escribió el mensaje por triplicado, en tres papeles separados, por si el viento se llevaba alguno. Y antes de atarlos a la pata de Andarríos, lo leyó en voz alta, despacio, palabra por palabra, mientras todo el pueblo escuchaba en silencio:

—"Fue un error. No pedí mucha lluvia. Pedí solo un poco, para mojar la tierra. Por favor, que pare."

Andarríos escuchó con atención, ladeando la cabeza, y repitió el mensaje él mismo, en voz baja, para asegurarse de haberlo entendido bien.

—Fue un error. No mucha lluvia. Solo un poco. Que pare —dijo, y Simón asintió, aliviado de que el pájaro hubiera entendido exactamente lo mismo que él había dicho.

Recién entonces, con el viento ya más manso, Andarríos emprendió vuelo, bajo, cerca de los techos, siguiendo el curso del río crecido como si el agua misma le mostrara el camino más seguro hacia las Puertas Altas.

Don Nimbo, al enterarse de lo ocurrido —porque las noticias, en el mundo de los Weathers, viajan casi tan

rápido como los pájaros mismos— sintió una vergüenza tan grande que sus nubes se pusieron pálidas, de un gris casi blanco, como cuando alguien se pone colorado pero al revés.

—Yo solo hice lo que decía el papel —murmuró, encogiendo los hombros hasta que casi desaparecieron entre la nube de su cuerpo—. Pero debí preguntar, cuando vi que el pedido era tan distinto de lo que suele pedirse. Un niño no pide nunca que lo inunden.

Detuvo la lluvia de inmediato, con un esfuerzo que le costó casi tanto como empezarla, porque las tormentas, una vez que se sueltan, no siempre quieren obedecer enseguida. Poco a poco, las nubes se fueron aclarando, el ruido de agua sobre los techos se volvió más suave, hasta convertirse en un goteo lento y disperso, y finalmente en nada.

El arcoíris que ayudó a secar

Para reparar el daño, llamaron a Iris, el Weather de los arcoíris, que llegó apenas escampó, deslizándose sobre el cielo todavía húmedo con esa gracia silenciosa que solo tienen quienes no necesitan hacer ruido para que los admiren. Extendió sus siete colores sobre el pueblo, formando un arco enorme que iba desde la colina del molino hasta el otro lado del río, y con ellos —dicen que los arcoíris tienen ese poder discreto, que pocos conocen— ayudó a que el sol se animara más rápido a asomar entre

las nubes, secando el agua sin dejar tanto barro.

Los niños del pueblo, que habían pasado la noche despiertos ayudando a sus familias, salieron a mirar el arcoíris con la boca abierta, señalando cada color con el dedo, olvidando por un momento el cansancio y el susto de la noche anterior. Hasta el viejo Ferrán, que ya no se subía a ninguna silla, sonrió al verlo, con esa sonrisa de quien sabe que lo peor ya pasó.

—Gracias, Iris —murmuró Simón, mirando el cielo con los ojos entrecerrados por el brillo del sol que empezaba a asomar.

Iris no respondió con palabras —los arcoíris rara vez lo hacen— pero uno de sus colores, el violeta, pareció temblar un poco más fuerte, como un saludo silencioso.

Simón, con las botas puestas y el pantalón embarrado hasta las rodillas, ayudó a sus vecinos a sacar agua de las casas durante toda la mañana, cargando baldes, escurriendo trapos, apilando muebles mojados al sol para que se secaran. Trabajó junto a doña Remedios, junto al viejo Ferrán, junto a la maestra Herminia, y en cada casa que visitaba pedía disculpas, aunque nadie se las exigiera, porque sentía que, de alguna manera, todo había empezado con su pedido.

—No fue tu culpa —le dijo la maestra Herminia, poniéndole una mano en el hombro—. Fue el viento el que

revolvió las palabras. Pero está bien que aprendas la lección de todos modos.

Cuando todo estuvo más tranquilo, con el sol ya alto y el jardín todavía encharcado pero sin peligro, Simón se sentó en el mismo escalón donde había escrito el primer pedido y escribió uno segundo, este mucho más corto, con letras grandes y claras para que ningún viento pudiera confundirlas:

"Gracias por el sol de hoy. La próxima vez pediré con más calma."

Ató el papel a la pata de Pico Fino, que había descansado toda la noche y ya se sentía mejor, con las plumas de nuevo brillantes y ordenadas.

—Esta vez no hay apuro —le dijo Simón, acariciándole la cabeza con un dedo—. Vuela tranquilo.

Y Pico Fino partió despacio, casi paseando por el cielo, como si también él hubiera aprendido algo esa noche.

Desde entonces, en Los Aromos, antes de atar un papel a la pata de un pájaro, todos se acostumbraron a leerlo dos veces en voz alta: una para el que lo escribía, y otra para el que lo iba a llevar. Y aunque el jardín de Simón tardó varios días en secarse del todo, y los tomates flacos tardaron una semana más en enderezarse, hubo algo que cambió para siempre en el pueblo entero: la certeza de que un pedido, por más pequeño que parezca, merece decirse

despacio, para que el viento no tenga oportunidad de jugar con sus palabras.

Capítulo 11: El día en que Llovizna no quiso llover

No todos los días son iguales para un Weather, aunque la gente crea que sí. Hay días de nube ligera y ánimo despierto, días de tormenta que en realidad es solo un poco de mal humor, y hay, también, días oscuros de verdad, esos que ni el propio Weather sabe explicar bien. Llovizna, la más suave y querida de los Weathers de lluvia —prima lejana de Doria, aunque mucho más callada y mucho más tímida—, aquella que moja los jardines despacio y hace ese sonido tranquilo sobre los techos de zinc, tuvo uno de esos días muy malos. Y como pasa con las cosas importantes, nadie lo notó hasta que ya era demasiado tarde para ignorarlo.

Nadie supo bien por qué empezó. Tal vez fue que, semana tras semana, todos los pedidos que llegaban a las estrellas pedían sol, y sol, y más sol, como si nadie recordara ya lo agradable que era una tarde gris con olor a tierra mojada, el vapor subiendo del asfalto después del primer chubasco, el ruido de las gotas contra las hojas anchas de los plátanos. Solmar, que en general era alegre y despreocupado, hasta había empezado a sentirse

incómodo con tanta atención, y alguna vez le había comentado a Iris, medio en broma medio en serio:

—Si sigo brillando tanto, van a terminar secando el mundo entero por mi culpa.

Iris se había reído, pero por dentro sabía que algo no andaba del todo bien entre los Weathers. Tal vez fue eso. O tal vez fue, simplemente, que un niño, al pedir que dejara de llover para su fiesta de cumpleaños, había agregado sin pensar, como quien tira una piedra sin mirar dónde cae:

"Ojalá Llovizna se fuera de vacaciones para siempre."

La frase llegó a sus oídos por accidente, como llegan a veces las cosas que no deberían escucharse —un pájaro mensajero que repite el pedido en voz alta sin darse cuenta de que alguien más escucha, un eco que viaja más lejos de lo que debería entre estrella y estrella—, y algo dentro de Llovizna se apagó un poco. No de golpe, como se apaga una vela de un soplo. Se apagó despacio, como se apaga una brasa cuando nadie la atiende, hasta quedar solo un rescoldo gris.

Una tristeza que cambia la forma

Los Weathers, ya se sabe, tienen formas que cambian según lo que sienten. Cuando están contentos se hinchan y brillan; cuando están enojados se oscurecen y crujen por dentro como si tuvieran truenos guardados; cuando están tristes, simplemente, se encogen. Llovizna, que solía ser

una nube redonda y mullida, de un gris plateado casi alegre, con esos bordes suaves que parecían de algodón recién cardado, empezó a encogerse poco a poco. Sus bordes, antes tan mullidos, se volvieron ásperos, secos, como de papel viejo que alguien ha dejado al sol demasiado tiempo. Dejó de brillar por dentro, esa lucecita tenue que tienen las nubes de lluvia cuando están a punto de soltar sus gotas, esa que parpadea suave como una luciérnaga antes de un buen aguacero.

Los primeros días, nadie sospechó nada. Los pedidos de lluvia simplemente no llegaban a ningún lado: se quedaban flotando en el aire de las estrellas, sin respuesta, como cartas metidas en un buzón roto. Fue Pico Fino, el más veloz y también el más curioso de los diez pájaros mensajeros, quien primero notó que algo raro pasaba. Voló hasta la estrella de Llovizna con un pedido sencillo bajo el ala —un pueblo entero pedía agua para sus huertas— y se encontró con una nube pequeña, apagada, hecha un ovillo en la esquina más alta y más fría del cielo estrellado.

—¿Llovizna? —preguntó, con esa voz aguda que tienen los pájaros pequeños cuando algo los inquieta—. Traigo un pedido. Es urgente, dicen que las huertas...

—No tengo ganas de llover —le dijo ella, sin siquiera levantar del todo su forma encogida, con una voz que sonaba como gotas cayendo sobre tela seca—. Nadie me

quiere aquí. Solo estorbo los planes de todos. Cada vez que caigo, alguien se enoja porque arruiné un picnic, o una fiesta, o un partido de fútbol. Nadie escribe nunca para decir que le gustó el sonido que hago en el techo. Solo escriben para pedirme que me vaya.

Pico Fino no supo qué responder. Volvió volando más despacio de lo normal, con el pedido todavía sin entregar, y esa misma tarde reunió a los otros mensajeros en la rama alta del árbol donde solían descansar entre vuelo y vuelo, para contarles lo que había visto.

—Está triste de verdad —dijo, y su voz sonaba distinta, más grave—. No enojada. Triste. Y eso es peor, porque cuando un Weather está enojado al menos hace ruido. Pero cuando está triste así, en silencio, se apaga.

Y se fue, la propia Llovizna, a ese rincón alto del cielo, muy lejos de los campos, a llorar sin soltar ni una gota, porque cuando un Weather de lluvia está triste de verdad, a veces no llueve: se seca por dentro, guardando el agua como quien guarda un dolor que no quiere mostrar a nadie.

La sequía silenciosa

Así, sin ruido ni aviso, empezó una sequía. No fue una sequía escandalosa, de esas que llegan con calor insoportable de un día para otro. Fue una sequía lenta, casi educada, que se fue metiendo en los días como quien no quiere molestar. Los campos de trigo se pusieron

amarillos antes de tiempo, con las espigas dobladas y crujientes, sonando como papel de regalo arrugado cuando el viento —el pobre Brisalio, que hacía lo que podía— pasaba entre ellas. Los pozos bajaron su nivel, y en algunos pueblos los baldes empezaron a raspar el fondo de piedra antes de llenarse del todo. Las flores, que no entendían nada de tristezas de nubes ni de frases dichas sin pensar, simplemente se marchitaron esperando un agua que no llegaba, cerrando sus pétalos como quien cierra los ojos para no ver que algo falta.

Hasta los niños, en algunos pueblos, dejaron de disfrutar tanto el sol que tanto habían pedido. Al principio les había encantado: días enteros de playa, de helados que no se derretían tan rápido porque el aire estaba tan seco que todo se sentía distinto, tardes larguísimas para jugar afuera. Pero después de tantas semanas, hasta el sol empezó a sentirse pesado, como una manta demasiado gruesa en pleno verano. El polvo se levantaba con cualquier paso y se metía en la garganta. Las plantas de las macetas de los balcones se doblaban tristes hacia un costado. Y algo en el aire —eso que los adultos llaman a veces "se siente raro"— avisaba que faltaba algo, aunque nadie supiera nombrarlo todavía.

Los pájaros mensajeros llevaron y trajeron decenas de pedidos de lluvia, todos educados, todos con buenas palabras. Chirimía, que tenía la voz más dulce de los diez y

solía entonar los pedidos como pequeñas canciones para que llegaran más amables a oídos de los Weathers, cantó una y otra vez frente a la estrella de Llovizna, esperando alguna respuesta. Cascabela, que llevaba siempre las noticias urgentes, voló tantas veces de ida y vuelta que sus alas empezaron a doler. Pero Llovizna, encogida y opaca en su rincón, no encontraba dentro de sí ni una sola gota para dar. No es que no quisiera: es que sentía que ya no tenía nada adentro que valiera la pena entregar.

Un Weather triste no es un Weather enojado: es un Weather que ha olvidado, por un rato, para qué sirve.

Los otros Weathers, mientras tanto, empezaron a preocuparse de verdad. Copo, desde su estrella helada y lejana, mandó decir que si Llovizna necesitaba, ella podía prestarle algo de su nieve para que al menos cayera algo fresco sobre los campos, aunque fuera fuera de temporada. Nébula intentó cubrir con su niebla las horas más calurosas del día, para que el sol pegara menos fuerte, aunque eso solo aliviaba un poco y no resolvía nada. Iris, la más atenta a los ánimos ajenos, fue quien dijo, mirando su propio arcoíris apagarse por falta de lluvia que lo hiciera brillar:

—Esto no se arregla con más pedidos. A Llovizna no le faltan pedidos. Le falta que alguien le diga que hace falta ella, no solo su agua.

Las cartas que la encontraron

Fue una niña llamada Coral quien tuvo la idea. Vivía en uno de los pueblos donde la sequía empezaba a notarse más, ese donde los pozos estaban ya casi vacíos y donde su abuela, que sabía muchas cosas viejas y buenas, le contaba historias de los Weathers desde que era muy pequeña, sentadas las dos en el porche mientras tejían o pelaban arvejas.

—Abuela —le dijo una tarde, mientras miraba el cielo despejado y sin una sola nube, ni siquiera de esas chiquitas que a veces se ven pasar—, ¿es verdad que los Weathers también se ponen tristes?

—Claro que sí, mi niña —respondió la abuela, sin dejar de mover las agujas de tejer—. Son casi como personas, aunque vivan en el cielo. Y las personas, cuando están tristes, a veces necesitan que alguien les recuerde que valen algo, no que les pidan más cosas.

Coral se quedó pensando toda la noche. Y al día siguiente, en lugar de escribir un pedido de lluvia como el resto del pueblo estaba haciendo, tomó su papel más lindo, ese que guardaba para ocasiones especiales, y escribió esto, despacio, cuidando cada letra:

"Querida Llovizna: gracias por todas las veces que mojaste mi jardín despacito, sin apuros, y por el sonido que hacías en el techo cuando yo me quedaba dormida. Te extrañamos."

No pedía nada más. No mencionaba las huertas secas ni los pozos bajos. Solo agradecía. Cuando se lo contó a sus amigos en la escuela, algunos se rieron un poco al principio —¿escribirle una carta a una nube, sin pedirle nada?—, pero otros se quedaron pensando, y esa misma tarde, sin ponerse de acuerdo del todo, varios empezaron a escribir cartas parecidas. Uno recordaba el olor a tierra mojada después de la lluvia; otra, el ruido de las gotas en el paraguas mientras caminaba a la escuela; otro más, simplemente, escribió: "Gracias por las lombrices que salían después de que llovías, aunque a mi mamá no le gustaran tanto."

Pluma Chica, que era el pájaro más pequeño y paciente de los diez, se encargó de llevarlas todas juntas, en un ramillete de papelitos atados con hilo, hasta el rincón alto donde Llovizna se escondía. El vuelo fue largo, más largo de lo habitual, porque el ramillete pesaba más de lo que Pluma Chica había calculado —no por el peso del papel, sino por algo distinto, algo que ni ella misma sabía nombrar bien, pero que sentía en el pecho mientras volaba—. Cuando por fin llegó, encontró a Llovizna hecha un ovillo gris, casi transparente de lo apagada que estaba.

—Traigo algo para ti —dijo Pluma Chica, con esa voz bajita que tenía—. No es un pedido. Nadie te pide nada esta vez.

Llovizna, extrañada, apenas levantó un poco su forma para mirar el ramillete de papelitos que la pequeña ave

sostenía con el pico, cuidadosa de no dejarlo caer.

Cuando la tristeza se convierte en agua

Llovizna leyó las cartas una por una, despacio, como quien no está segura de merecer lo que está leyendo. Con cada una, algo en su interior volvía a encenderse, muy despacio, como una brasa que alguien sopla con cuidado, sin apuro, para no apagarla del todo con un soplo demasiado fuerte. Leyó la del niño de las lombrices y sintió que algo se le movía por dentro, entre la risa y la ternura. Leyó la de la niña del paraguas y recordó, de golpe, cuántas veces había acompañado a alguien en su camino a la escuela sin que se lo agradecieran. Al llegar a la de Coral, no pudo contenerse más.

Por primera vez en semanas, lloró.

Pero como ella es agua, su llanto no cayó como el llanto de las personas, en silencio y hacia adentro. Cayó sobre los campos secos en forma de lluvia suave, esa lluvia mansa y agradecida que todos habían extrañado sin saberlo del todo hasta que volvió a caer. Empezó despacio, casi tímida, como pidiendo permiso, y después fue ganando confianza, gota tras gota, sobre los techos de zinc que llevaban tanto tiempo callados, sobre las hojas polvorientas que de pronto brillaron limpias otra vez, sobre la tierra reseca que exhaló ese olor tan conocido y tan querido, ese aroma que no tiene nombre exacto pero que todos reconocen apenas llega.

Los pozos empezaron a llenarse de a poco, con ese sonido suave del agua que sube. Las flores, sorprendidas, levantaron la cabeza una por una, como si despertaran de una siesta demasiado larga. En el pueblo de Coral, los chicos salieron a la calle a mojarse los pies en los charcos nuevos, riendo, y algunos hasta se pusieron a bailar bajo esa lluvia que tanto habían extrañado sin decirlo en voz alta.

Desde su estrella, ya casi recuperada, con sus bordes otra vez mullidos y su luz interior parpadeando suave, Llovizna murmuró, mirando caer su propia agua sobre el mundo:

—Gracias por acordarse de mí. A veces uno se olvida de que también hace falta, aunque no lo pidan con esas palabras exactas.

Pico Fino, Chirimía, Cascabela y Pluma Chica, que habían volado hasta allí para asegurarse de que todo estuviera bien, la miraron recuperar su forma redonda y su color plateado de siempre, y sintieron ese alivio tranquilo que se siente cuando algo que estaba mal vuelve, por fin, a estar bien.

Desde entonces, en varios pueblos se hizo costumbre escribirle, de vez en cuando, una carta a algún Weather, sin pedirle nada. A veces era para Doria, a veces para Solmar, a veces incluso para Escarcha, que también se

ponía triste alguna que otra mañana de invierno y a nadie se le había ocurrido preguntarle cómo estaba. Los diez pájaros mensajeros aprendieron a distinguir esas cartas especiales entre los demás pedidos —las reconocían porque no pedían nada, solo agradecían—, y las llevaban con un cuidado distinto, como quien lleva algo frágil y valioso. Y así, poco a poco, los Weathers empezaron a sentir que el cielo entero los tenía un poco más presentes, no solo cuando hacía falta pedirles algo, sino también para que supieran que se los tenía presente, simplemente por existir.

Capítulo 12: El pedido que salió hermoso

Después de la tormenta mal escuchada y la sequía de la tristeza, el mundo de los Weathers necesitaba un día bueno. Necesitaba, sobre todo, recordar que las cosas también podían salir bien, que no todo pedido termina en confusión ni en pájaro despistado ni en cielo que se desborda. Y ese día bueno llegó, como llegan a veces las cosas buenas: de la mano de alguien que pidió con mucho cuidado, sin apuro, sin miedo, con la paciencia de quien sabe que las palabras, cuando se eligen bien, viajan mejor.

Se llamaba Elena, tenía ocho años, y vivía en un valle angosto entre montañas violetas, de esas que por las

tardés se ponen del color de las ciruelas maduras. Ese año el valle había pasado un invierno larguísimo, de esos que se estiran una semana más de lo que todos esperan y luego otra, y otra, hasta que hasta los almanaques parecen avergonzados de seguir marcando la misma estación. La nieve, que al principio había sido una fiesta —muy parecida, dicen, a la que vivió Tomás tiempo atrás, cuando el copo se quedó pegado a su pestaña y no se supo si reír o llorar de la emoción—, ya empezaba a cansar hasta a los más pacientes. Los caminos se habían vuelto ríos de barro helado. Las gallinas del corral de Elena se negaban a salir del gallinero. Y su abuela, que tenía las manos siempre tibias aunque afuera helara, decía todas las mañanas la misma frase mirando por la ventana:

—Este invierno se olvidó de que existe la primavera.

La abuela que enseñaba a pedir

Elena tenía una abuela que le había enseñado, desde chica, cómo se pide bien un fenómeno. No era una enseñanza con libros ni con reglas escritas, sino de esas que se transmiten despacio, en las tardes de tejido junto al fuego, entre pausas largas y mate caliente.

—Pedir bien no es pedir mucho —le decía la abuela, mientras las agujas de tejer hacían un sonido parejo, como de reloj—. Es pedir exacto. Como cuando eliges las piedras para cruzar un río: no agarras la más grande ni la más bonita, agarras la que pisa bien.

Elena había escuchado esa frase tantas veces que ya la sabía de memoria, pero esa noche, con la nieve todavía dura contra la ventana y el viento silbando por debajo de la puerta, sintió que por fin entendía lo que quería decir.

Se sentó a la mesa de la cocina, bajo la luz amarilla de la lámpara, con un papel en blanco delante y un lápiz que había sacado punta ella misma, con paciencia, para que no se rompiera a mitad de la frase. Afuera, el valle entero parecía contener el aliento, esperando.

Cómo se escribe un pedido con cariño

Elena pensó cada palabra como quien elige con cuidado las piedras para cruzar un río. Tachó dos veces, sopló sobre el papel para borrar una mancha de grafito, y volvió a empezar cuando sintió que una frase sonaba apurada. Su abuela, sentada frente a ella con las manos alrededor de una taza humeante, no la interrumpió ni una sola vez. Solo la miraba, con esa paciencia que tienen las personas que ya han visto muchos inviernos irse.

Al final, Elena escribió así:

"Pido, por favor, el primer sol tibio de la primavera. No hace falta que sea muy fuerte, ni que llegue de golpe. Que sea un sol amable, como el que se asoma despacio entre las nubes, para que las plantas se animen a florecer sin apuro. Gracias por escucharme."

Leyó el pedido en voz alta tres veces, como se había vuelto costumbre en el valle desde el episodio de la inundación, cuando un niño de un pueblo vecino había pedido lluvia sin fijarse bien en cuánta, y el río se había subido hasta la mitad de las casas. Elena no quería que le pasara lo mismo. Así que leyó despacio la primera vez, un poco más rápido la segunda, y la tercera casi susurrando, como si le estuviera contando un secreto a la noche.

—Está bien pedido —dijo la abuela al fin, con una sonrisa que le arrugó toda la cara—. Ahora hay que encontrarle un buen mensajero.

El vuelo más tranquilo del año

Elena dobló el papel con cuidado, en tres partes iguales, y salió al porche envuelta en su manta más gruesa. Silbó dos veces, como le habían enseñado, y esperó.

No tardó en llegar Vencejo Rápido, que a pesar de su nombre, esa noche no tenía prisa alguna. Los diez pájaros mensajeros —Pico Fino, Chirimía, Plumón, Tintín, Ala de Bronce, Cascabela, Trino Largo, Pluma Chica, Gorjeo y Andarrios— dormían esa noche en sus nidos de las Puertas Altas, descansando de una semana pesada de pedidos confusos y climas revueltos. Pero Vencejo Rápido, que solía encargarse de los mensajes del valle de Elena por conocer bien esas montañas violetas, estaba despierto y dispuesto.

Elena le mostró el papel doblado y se lo leyó una vez más, esta vez directamente al oído del pájaro, para que no quedara ninguna duda.

—Un sol tibio —repitió Vencejo Rápido, sacudiendo las plumas—. Amable. Despacio. Sin apuro.

—Así es —confirmó Elena—. Gracias por llevarlo bien.

El pájaro emprendió vuelo con el viento a favor, y durante todo el trayecto repitió el mensaje en voz baja, como quien reza una oración conocida, para no olvidar ni una palabra. Voló bajo, entre los picos nevados, dejando atrás el valle dormido, las chimeneas humeantes, los tejados blancos que esa noche brillaban bajo una luna redonda y curiosa. En algún momento del vuelo, cuando el frío le mordía las alas, Vencejo Rápido pensó que ojalá el pedido llegara a tiempo, porque el valle de Elena ya se merecía un poco de tibieza.

El Weather que estaba esperando justo esto

Al llegar a las Puertas Altas —esos portones enormes, tallados en nubes firmes, por donde pasan todos los mensajes antes de repartirse entre los Weathers— el mensaje fue recibido por Solete, el más joven de los Weathers del sol, aprendiz todavía de Solmar, aquel que aún estaba aprendiendo a calcular bien su propia fuerza y que, por eso mismo, solía recibir los pedidos más pequeños, los que necesitaban delicadeza antes que

potencia.

Solete tenía forma de niño de luz, con el pelo hecho de rayos cortitos que cambiaban de tono según su ánimo: dorado cuando estaba tranquilo, casi blanco cuando se ponía nervioso, anaranjado oscuro cuando algo lo entusiasmaba demasiado. Esa noche, mientras escuchaba a Vencejo Rápido repetir el mensaje completo, sin apuro, su pelo de luz fue pasando del dorado tranquilo a un anaranjado brillante de pura alegría.

—Un sol amable —repitió para sí mismo, una y otra vez, como saboreando cada palabra—. Eso puedo hacerlo muy bien.

Sintió una alegría enorme, distinta a todas las que había sentido antes. Hacía tiempo que nadie le pedía algo tan a su medida. Los pedidos que solía recibir eran de esos que exigían fuerza: días de playa calurosos, veranos largos, sequedad para secar cosechas. Y Solete, que todavía era joven, a veces se pasaba de brillo y quemaba más de la cuenta, o se quedaba corto y decepcionaba a algún niño que esperaba calor. Pero este pedido no le pedía fuerza. Le pedía justo lo que él sabía dar mejor: suavidad.

Corrió hasta la estrella de Solmar, su maestro, y le contó el pedido de punta a punta, sin respirar entre palabra y palabra.

—Un sol tibio, que se asome despacio, para que las plantas se animen sin apuro —repitió Solmar, con esa voz grave y cálida que tenía, como brasa que nunca se apaga—. Ese pedido es tuyo, Solete. Tú sabes hacerlo mejor que nadie.

—¿De verdad? —preguntó Solete, con el pelo de luz volviéndose casi blanco de la emoción.

—De verdad. Yo brillo fuerte. Tú brillas justo. Y hoy hace falta justo.

La noche de preparación

Solete se tomó toda la noche para prepararse, como quien ensaya un canto antes de cantarlo frente a otros. Practicó su brillo bajito en un rincón apartado de su estrella, cuidando de no despertar a ningún otro Weather con destellos fuera de hora. Ensayó cómo asomarse entre las nubes sin quemar de golpe, subiendo despacio, como quien entra a un agua fría de a poco, primero los pies, después las rodillas.

Practicó también cómo repartir su calor parejo, como quien unta manteca sobre un pan recién tostado, sin dejar ningún rincón frío ni ningún rincón demasiado caliente. Se imaginó el valle entero, montaña por montaña, tejado por tejado, y fue calculando con los dedos de luz cuánto calor le tocaba a cada lugar: un poco más al almendro dormido, un poco menos a la nieve gruesa del norte, justo el necesario al porche donde sabía que una niña esperaba

envuelta en su manta.

Cuando ya casi amanecía, Solmar se acercó a revisar el trabajo de su aprendiz.

—Está bien medido —dijo, observando el brillo bajito de Solete, que apenas iluminaba como una vela sostenida con cuidado—. Ahora solo falta que lo sueltes con la misma calma con que lo pensaste.

Solete asintió, y por primera vez en mucho tiempo no sintió nervios antes de un amanecer. Sintió, en cambio, una certeza tranquila, como la que tienen las cosas cuando están bien hechas.

La mañana que todos recuerdan

Cuando amaneció en el valle de Elena, ocurrió algo que los vecinos contarían durante años, en las tardes de tejido y en las mesas de cocina, como se cuentan las cosas que de verdad importan.

El cielo, gris por semanas, se abrió apenas, como una cortina corrida con cuidado por una mano respetuosa. No fue un rasgón brusco de nubes ni un estallido de luz. Fue más bien un descosido lento, un hilo de claridad que se fue ensanchando poco a poco, mientras el gris se retiraba hacia los bordes del cielo como quien cede el paso.

Un sol tibio, dorado, subió despacio por detrás de las montañas violetas y se quedó ahí, amable, sin apuro, como

si tuviera todo el tiempo del mundo, que en cierto modo lo tenía. Su luz no encandilaba: acariciaba. Su calor no quemaba: abrigaba, como una manta puesta sobre los hombros por alguien que quiere de verdad.

La nieve empezó a derretirse en los bordes, dejando ver la tierra oscura y húmeda debajo, esa tierra que había estado esperando, paciente, todo el invierno. Pequeños arroyos de agua clara empezaron a correr entre las piedras, con un sonido suave, como de risa contenida. Un almendro que llevaba semanas dormido, con las ramas grises y quietas, abrió esa misma tarde sus primeras flores blancas, una por una, como si probara el aire antes de animarse del todo.

Los pájaros —no solo los mensajeros, sino todos los pájaros comunes del valle, los gorriones y los zorzales y hasta las cotorras ruidosas del sauce viejo— salieron a cantar como si hubieran estado esperando esa señal desde hacía días. El aire olía distinto: a tierra mojada, a resina de pino calentándose despacio, a algo nuevo que empezaba.

Elena se sentó en el porche, envuelta en la misma manta de la noche anterior, y sintió el sol en la cara con una alegría tranquila, sin sorpresas ni sustos, exactamente como lo había imaginado al escribir su pedido. Cerró los ojos un momento y dejó que la tibieza le subiera por las mejillas, por el cuello, por las manos que sostenían la taza de leche caliente que su abuela le había traído sin que ella pidiera nada.

—Salió justo como lo pediste —dijo la abuela, sentándose a su lado, con los ojos entrecerrados por el gusto de aquel sol nuevo.

—Salió mejor —respondió Elena, sonriendo, sin abrir los ojos.

Lo que el valle guardó de aquel día

Durante toda esa semana, el valle entero pareció despertar de a poco. Los vecinos salían a sus porches a media mañana, algunos con las mismas mantas del invierno, ya innecesarias pero cómodas por costumbre, y se quedaban un rato al sol, en silencio, disfrutando de algo que no habían sabido lo mucho que extrañaban hasta que volvió. Los chicos del valle, que habían pasado el invierno encerrados jugando a las cartas, salieron a los caminos de barro a chapotear, a perseguirse, a sentir otra vez el sol en la nuca.

Vencejo Rápido, que había regresado a su nido apenas entregado el mensaje, contempló desde lo alto de un ciprés cómo el valle entero cambiaba de color: del gris cansado al verde tímido, del blanco duro al marrón tibio de la tierra despierta. Sintió, sin saber bien por qué, que había llevado algo importante. No todos los mensajes se sienten así.

Cuando un pedido se piensa con calma, se escribe con cuidado y se escucha completo, el fenómeno que resulta suele ser tan hermoso como quien lo soñó.

Esa frase, dicen, la repitió la abuela de Elena muchas veces después, a otros niños del valle que querían aprender a pedir bien. Y cada vez que la decía, miraba de reojo hacia el cielo, como agradeciendo a alguien que probablemente estaba mirando desde una estrella.

Solete, orbitando feliz sobre el valle, con su pelo de luz otra vez dorado y tranquilo, sintió que había encontrado, por fin, su manera favorita de brillar: no la más fuerte, sino la más justa. Y desde aquel día, cada vez que un pedido llegaba pidiendo delicadeza en lugar de potencia, Solmar sabía exactamente a quién confiárselo.

Capítulo 13: La reunión de todos los pedidos

Cuenta la historia —y esta parte de la historia es la que más les gusta a los niños que ya conocen todo el mundo de los Weathers— que una vez al año, cuando termina el otoño y antes de que empiece el invierno, todos los Weathers se reúnen en un claro muy alto, entre nubes bajas y montañas dormidas, para conversar sobre los pedidos del año.

Nadie sabe bien quién decidió, hace tantísimo tiempo, que ese claro sería el lugar del encuentro. Algunos dicen que

fue el propio Nebula, que un día se quedó dormido justo ahí, envuelto en su propia neblina, y al despertar encontró que las nubes bajas formaban un techo perfecto, ni muy alto ni muy bajo, como una casa hecha de algodón gris. Otros cuentan que fue Iris quien lo eligió, porque desde ese sitio se podían ver, al mismo tiempo, la salida y la puesta del sol, y a Iris le encantaba tener los dos extremos del día para jugar con sus colores. Lo cierto es que, año tras año, cuando el aire empieza a oler a hojas secas y a leña, y las montañas de abajo se cubren con su primera manta blanca, todos los Weathers saben, sin que nadie tenga que avisarles, que es hora de subir.

Esa tarde, el claro estaba especialmente hermoso. Las nubes bajas se movían despacio, como si también quisieran escuchar, y entre ellas se colaban hilos de luz dorada que hacían brillar las gotas suspendidas en el aire, diminutas, casi invisibles, como polvo de estrellas recién caído. El viento —que ese día se portaba bien, sin necesidad de que nadie se lo pidiera— soplaba apenas lo suficiente para mecer las ramas más altas de los árboles dormidos que crecían en las laderas de la montaña, esos árboles que solo existen ahí, en la frontera entre el cielo y la tierra, y que los Weathers usan como sillas, como mesas y, a veces, como escondites cuando algún pedido les da vergüenza recordar.

Quiénes llegaron esa tarde

Ahí estaban, esa tarde, Doria, la Weather de la lluvia, algo más humilde después de la tormenta que ella misma había desatado sin querer sobre Los Aromos, cuando un pedido mal entendido convirtió una llovizna suave en un aguacero que asustó a medio pueblo; ahora llegaba con las manos entrelazadas y los ojos bajos, aunque de a poco, mientras hablaban los demás, fue recuperando su forma redonda y brillante, como una gota de rocío que refleja toda la luz de la mañana.

Llegó también Iris, que como siempre traía prestado algún color de los demás Weathers: un poco del dorado de Solmar en el pelo, un poco del gris azulado de Nebula en la orilla del vestido, y hasta una pizca del blanco helado de Escarcha en las puntas de los dedos. Iris nunca podía quedarse quieta del todo; mientras los demás hablaban, iba y venía entre las ramas, dejando pequeños destellos de color flotando en el aire, como si no pudiera evitar decorar hasta las conversaciones más serias.

Solmar llegó orgulloso, como siempre, pero esa tarde con un orgullo distinto, más tranquilo: llevaba puesto su sol más amable, ese que calienta sin quemar, el que había aprendido a usar después de tantos pedidos de niños que solo querían un poco de calor para jugar, sin que las plantas se marchitaran ni el pasto se pusiera amarillo.

Escarcha se sentó un poco apartada, como hacía siempre, envuelta en el frío suave de los primeros días helados, ese

frío que no muerde sino que apenas cosquillea la piel y deja los charcos convertidos en espejos delgaditos. A su lado, sin decir nada todavía, estaba Copo, que jugueteaba con pequeños copos de nieve entre las manos, formándolos y deshaciéndolos una y otra vez, ansioso porque pronto sería su temporada.

Y no muy lejos, recostado entre dos ramas gruesas, descansaba Brisalio, el Weather del viento, que ese año había tenido más trabajo del habitual —tantos niños pidiendo cometas altas, tantos pedidos de brisa fresca para el verano— y que ahora, por fin, podía quedarse quieto un rato, dejando que el aire a su alrededor se aquietara también, como un perro cansado que finalmente se echa a dormir junto al fuego.

Al fondo del claro, casi escondido entre la niebla que él mismo generaba sin darse cuenta, estaba Tronido, el Weather de la tormenta, todavía con la mirada seria de quien recuerda un error grande. Había sido él quien, sin querer, dejó que un pedido de "un poquito de lluvia con truenos, para asustar un poco pero no mucho" se convirtiera en la tormenta de Los Aromos, esa que después Doria tuvo que ayudar a calmar con toda su agua. Esa tarde, Tronido hablaba menos que de costumbre, y cuando lo hacía, su voz sonaba más baja, más cuidadosa, como si cada palabra pesara el doble.

Y por supuesto, envuelto en su propia bruma tibia, estaba el más viejo y silencioso de todos: Nebula, el Weather de la niebla, que casi nunca hablaba, pero cuando lo hacía, todos se quedaban en silencio para escucharlo, porque sabían que sus palabras, como su niebla, siempre dejaban ver algo que antes estaba escondido.

Los diez pájaros también tienen su lugar

Junto a ellos, posados en las ramas más altas —esas que quedan justo donde termina el árbol y empieza el cielo—, estaban los diez pájaros mensajeros: Pico Fino, con su plumaje gris ceniza y su pico delgado como una aguja; Chirimía, que nunca dejaba de moverse, ni siquiera cuando estaba en silencio; Plumón, redondo y suave, el más pequeño de todos; Tintín, de vuelo tan rápido que a veces llegaba antes de que terminaran de decirle el mensaje; Ala de Bronce, con sus plumas que brillaban como monedas viejas bajo el sol de la tarde; Cascabela, que cantaba antes de hablar, como si necesitara afinar la voz; Trino Largo, capaz de sostener una sola nota más tiempo que ningún otro pájaro del cielo; Pluma Chica, tímida, siempre escondida detrás de los demás; Gorjeo, el más conversador, que contaba historias de vuelo a quien quisiera escucharlo; y Andarríos, que caminaba más de lo que volaba, con esas patas largas y delgadas hechas para las orillas de los ríos.

Cada uno tenía sus propias historias de pedidos bien entregados y de pedidos que, por el viento o el cansancio, habían salido torcidos. Esa tarde, sin embargo, había un silencio distinto entre ellos, un silencio de quien espera su turno para decir algo importante.

Fue Pico Fino quien tomó la palabra primero, algo avergonzado todavía por lo de la inundación de Los Aromos, aquella vez en que había volado tan rápido, tan apurado, que confundió "un poquito de lluvia" con "mucha, mucha lluvia", y llevó el mensaje equivocado hasta Tronido y Doria.

—Aprendí que hay que volar despacio cuando el mensaje es importante —dijo, con la voz un poco quebrada, mirando primero a sus compañeros y después a los Weathers—. Aprendí que el viento en las alas puede hacer que uno escuche mal, y que está bien pedir ayuda si uno no está seguro de haber entendido. Yo, esa vez, no le pregunté a nadie. Volé rápido porque quería llegar primero, y por eso salió todo mal.

Chirimía, a su lado, asintió con la cabeza, y agregó, en voz baja:

—Yo también aprendí algo parecido. Una vez llevé un pedido de "un poco de fresco para el mediodía" y llegué tan cansada, tan sin aire, que dije "mucho fresco para toda la noche". Brisalio sopló tan fuerte esa noche que se

cayeron tres macetas en un patio, y una señora tuvo que cerrar todas las ventanas de su casa.

Brisalio, desde su rama, soltó una risa suave, sin ánimo de burla, más bien de cariño:

—Y yo soplé con gusto, sin sospechar nada, porque confié en el mensaje. Ahí aprendí que a veces hay que preguntar dos veces antes de soltar todo el viento que uno tiene guardado.

Lo que dijo Doria, con la voz temblorosa

Doria habló después de los pájaros, con la voz un poco temblorosa, como le pasaba siempre que estaba a punto de decir algo que le costaba admitir:

—Yo aprendí que hasta un Weather se cansa, y que está bien decirlo antes de que la tristeza se vuelva sequía. Aquella vez, después de la tormenta de Los Aromos, me sentí tan culpable que dejé de llover por varios días, aunque los niños lo pidieran, aunque las plantas lo necesitaran. Pensé que si no lloraba, no iba a hacer más daño. Pero eso también estaba mal, porque el campo se secó, y los niños empezaron a preocuparse.

Hizo una pausa, y miró hacia el cielo, como buscando las palabras exactas.

—Y aprendí otra cosa —continuó—: que unas palabras de agradecimiento pueden encender de nuevo lo que parecía

apagado. Fue una niña, no recuerdo bien su nombre, quien un día miró al cielo gris y dijo, bajito, "gracias por intentarlo, aunque a veces te equivoques". Esas palabras las sentí como un rayo de sol adentro del pecho, y esa misma tarde volví a llover, esta vez con ganas, esta vez con alegría, y no con miedo.

Solmar, que la escuchaba con atención, asintió despacio:

—A mí me pasa algo parecido con el calor. A veces un niño pide sol y yo, con tal de complacerlo, brillo más de lo necesario, y termino quemando el pasto o cansando a los que juegan afuera. Aprendí que dar todo lo que uno tiene no siempre es lo mejor; a veces lo mejor es dar lo justo, con cuidado, como quien sirve la comida en el plato de otro: ni de más, ni de menos.

Escarcha, desde su rincón helado, agregó con su voz suave y crujiente, como hielo fino que se quiebra apenas:

—Y yo aprendí que el frío también puede ser un regalo, si llega en el momento justo. Un frío que llega demasiado pronto asusta a las flores; un frío que llega demasiado tarde deja a los niños sin la alegría de ver escarcha en las ventanas por las mañanas. Aprender el momento justo me costó muchos inviernos.

Lo que dijo el más viejo de los Weathers

El más antiguo de todos, ese Weather de niebla suave que casi no habla nunca, Nebula, se aclaró la garganta apenas,

con un sonido como de nube que se deshace, y todos los demás —Weathers y pájaros por igual— guardaron silencio de inmediato. Hasta el viento, que era Brisalio mismo, dejó de moverse un instante, como si contuviera la respiración.

Nebula dijo esa tarde algo que todos recordarían, algo que después, con el paso de los años, se repetiría en los nidos de los pájaros mensajeros y en los rincones más silenciosos de cada estrella donde vive un Weather:

"Pedir bien no es pedir perfecto. Es pedir con cuidado, escuchar con paciencia, y perdonar cuando algo sale distinto de lo soñado. Un mundo entero de niños y de nubes solo puede entenderse si todos, cada tanto, se detienen a pensar antes de hablar, y a escuchar antes de actuar."

Se quedó un momento callado, dejando que sus palabras se posaran sobre el claro como se posa la niebla sobre un valle, despacio, cubriendo cada rincón sin apuro. Después, con una voz todavía más baja, casi un susurro, agregó:

—Yo también me he equivocado. Más veces de las que puedo contar. He cubierto ciudades enteras cuando solo me pedían cubrir un jardín; he dejado a barcos perdidos en el mar cuando solo se me pedía un poco de misterio para una mañana de otoño. Y aun así, aquí estoy, año tras año, intentándolo de nuevo. Porque eso es lo único que un Weather, o un niño, o un pájaro, puede hacer: intentarlo

de nuevo, con más cuidado cada vez.

Iris, que hasta entonces había estado revoloteando entre las ramas, se acercó despacio y se sentó junto a Nebula, dejando que un poco de su color se mezclara con la niebla gris, formando por un instante un arcoiris pálido y tímido, casi un secreto entre los dos.

—Yo aprendí algo parecido —dijo Iris, con su voz cantarina—. Que a veces uno no puede aparecer solo; que necesito que llueva y que salga el sol al mismo tiempo para poder existir. Aprendí que ningún Weather hace nada completamente solo. Hasta el error de uno se convierte en el aprendizaje de todos.

Los niños que no estaban, pero que igual sonrieron

Los niños que habían protagonizado los grandes pedidos del año —Tomás, Valentina, Bruno, Martina, Simón, Coral y Elena— no estaban ahí, por supuesto, porque los humanos no pueden subir a ese claro entre nubes. Pero cada uno de ellos, esa misma noche, en sus respectivas casas, sintió algo extraño y hermoso: una brisa que entraba justo por la ventana entreabierta, un olor a lluvia lejana que llegaba sin que lloviera cerca, una luz de luna un poco más clara de lo habitual.

Tomás, que vivía cerca del río, salió al patio en pijama, desafiando el frío de la noche, solo para mirar las nubes que pasaban despacio sobre su casa. No sabía explicar por

qué, pero sintió que esas nubes tenían algo que contarle, aunque no pudiera escuchar las palabras.

Valentina, que aún guardaba en su cuarto el dibujo de un arcoiris que había hecho después de aquel pedido que Iris cumplió para ella, se quedó mirando por la ventana un buen rato, y jugueteó con la idea de que, tal vez, en algún lugar muy alto, alguien estaba pensando en ella en ese preciso momento.

Bruno, Martina, Simón, Coral y Elena, cada uno en su rincón del mundo, hicieron lo mismo sin ponerse de acuerdo: miraron el cielo un rato más largo de lo habitual, sin saber muy bien por qué, y sonrieron. Y esa sonrisa, aunque ellos no lo supieran, era la manera en que el cielo les devolvía las gracias.

Una puerta que queda abierta

Cuando la reunión terminó, la tarde ya se había convertido en un atardecer color durazno, con franjas de nubes rosadas y doradas que Iris no pudo evitar tocar un poco más, dejando su firma de colores en el cielo antes de despedirse. Los Weathers se despidieron como siempre: cada uno regresó a su rincón del cielo, listo para el próximo pedido, el próximo error posible, la próxima tormenta o el próximo sol amable.

Doria se marchó flotando suavemente hacia el oeste, dejando tras de sí una llovizna fina que caía sobre las

montañas dormidas, como si quisiera despedirse de ellas con un beso húmedo. Solmar se hundió despacio detrás de las cumbres, llevándose consigo el último calor del día. Tronido se fue en silencio, más tranquilo que cuando llegó, prometiéndose a sí mismo, sin decirlo en voz alta, que la próxima vez escucharía mejor antes de tronar. Escarcha y Copo partieron juntos, conversando sobre la temporada que estaba por comenzar, y Brisalio los acompañó un trecho del camino, empujándolos suavemente con su viento más gentil. Nebula se quedó un rato más, envolviendo el claro entero en su niebla tibia, como si quisiera guardar ese momento un poco más de tiempo antes de dejarlo ir.

Los pájaros mensajeros se acomodaron las plumas y se prepararon para otra temporada de vuelos. Pico Fino estiró las alas despacio, sintiendo todavía el peso de sus propias palabras. Chirimía silbó una melodía corta, como quien practica antes de un nuevo mensaje. Plumón, Tintín, Ala de Bronce, Cascabela, Trino Largo, Pluma Chica, Gorjeo y Andarríos se acomodaron en fila sobre la rama más alta, mirando hacia el horizonte, donde ya empezaban a asomarse las primeras estrellas.

—Otra temporada más —dijo Gorjeo, siempre el más conversador—. Otra oportunidad de hacerlo un poquito mejor que el año pasado.

—Y de equivocarnos un poquito distinto —agregó Andarrios, con una risa suave.

Y así, entre risas bajitas y el murmullo del viento que empezaba a soplar de nuevo, la reunión anual de los Weathers y los pájaros mensajeros llegó a su fin, dejando, como cada año, una puerta abierta hacia la próxima temporada: la promesa silenciosa de que, pase lo que pase, con lluvia o con sol, con niebla o con nieve, siempre habría alguien allá arriba, escuchando con atención los pedidos de los niños, y aprendiendo, un poco más, a cumplirlos con el corazón.